

# El americanismo

## Consideraciones sobre el nacionalismo continental latinoamericano\*

Luis Tejada Ripalda

### RESUMEN

*En nuestro sujeto de estudio se articulan tanto los problemas de las generaciones, el nacionalismo así como las ideologías políticas. Pero, en términos generales, se ubica al interior de la historia de este continente y de su corriente nacionalista: el americanismo. Lo que a continuación se expone no es ni pretende ser el análisis exhaustivo de este amplio y complejo fenómeno nacionalista. Es simplemente una introducción a esta ideología política latinoamericana, desde sus orígenes hasta inicios del siglo xx. Asimismo, quiero advertir que la selección y presentación de personajes, ideas, proyectos y acontecimientos no es arbitraria ni obedece a un plan predeterminado. Ellos están presentes en libros, artículos, discursos o manifiestos de diversas generaciones, por tanto, forman parte del universo simbólico americanista.*

### I. EL MITO AMERICANISTA

¿Qué es el americanismo? Parece que casi nadie se ha interesado por responder a esta pregunta<sup>1</sup>. Nosotros hemos estado sorprendidos de la abundancia de textos que pueden clasificarse como «americanistas» y de la ausencia casi total de estudios analíticos a su propósito. Hasta donde se sabe, uno de los primeros que intentó definirlo fue el argentino Alfredo Palacios, en una conferencia en la Universidad de Buenos Aires, en julio de 1923.

\* Este artículo corresponde al primer capítulo de mi tesis de doctorado **El socialismo indoamericano: la ideología política de la generación del 20**. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. París, junio de 1998. Es una versión corregida y aumentada de la publicada en la revista *Cuadernos americanos* N° 82, Universidad Autónoma de México, julio-agosto de 2000.

1 Después de haber concluido este trabajo he vuelto a leer el artículo de Hugo Neira «Relire aujourd'hui Haya de la Torre», en *Amérique Latine* N° 12 octubre-décembre 1982. La primera vez que lo leí, hace ya más de diez años, me pareció interesante pero complejo; yo no lo sabía, pero ese era el primer artículo que leía sobre el americanismo y los americanistas. Tal vez ahí comenzó esa larga marcha que ahora termina en este trabajo sobre el nacionalismo continental americano.

A nuestro modo de ver, esta conferencia puede ser considerada como una guía inicial para el estudio del americanismo. En ella Palacios nos muestra algunos de los elementos que están en la base y que dieron forma al sentimiento nacionalista. Todo esto puede resumirse en esta cita:

*Es argentino el ejército que triunfa en Chile y da libertad al Perú. Es colombiano el vencedor de Ayacucho; venezolano Bolívar, que independiza Ecuador, Colombia y Bolivia. De norte a sur, recuerda el peruano García Calderón, hermosa fraternidad, curioso intercambio de patrias, dan a los campos de batalla espléndida variedad de hombres; la conciencia de antiguos lazos afirmados en estas gloriosas campañas suscita un sentimiento permanente: el americanismo. Nuestra revolución fue americana. Lo han reconocido todos los historiadores, y Rojas ha podido afirmar que la argentinidad tendía en el alma de los próceres hacia la forma progresiva de americanidad... Pensamos, sólo, en que ha de impulsar a nuestra América un ideal permanente de justicia y que somos todos, hijos de la revolución, cuyas rebeldías fulguraron, lo mismo en Caracas, que en Buenos Aires y la Paz.<sup>2</sup>*

A continuación, Palacios refiere algunos de los elementos que componen la estructura del mito americanista; nombra a los que llama «héroes de la solidaridad continental»: Simón Bolívar, José de San Martín, O'Higgins, Monteagudo, Pueyrredón, etc.; enumera los diversos proyectos de unidad continental que aparecen en 1811 y se continúan hasta 1847; subraya en estos últimos las ideas de «fraternidad», «patria americana», «federación perpetua de los pueblos americanos»; insiste en la incorporación del Brasil, etc.; cita como acontecimientos mayores el Congreso de Panamá de 1826, la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria; y, después de describir los «caracteres comunes» de estos pueblos, concluye:

*En 1826, el Congreso de Panamá afirma la unión moral de las repúblicas congregadas, y en 1847, en Lima, se declara que las repúblicas, ligadas por el vínculo de origen, el idioma, las costumbres –por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como parte de una misma nación.<sup>3</sup>*

Palacios hace suyas estas opiniones y propone a las «democracias hermanas» «superar nuestro patriotismo» y hacer «de la América nuestra, una entidad colectiva, respetable, aun manteniendo las soberanías particulares»; asimismo, se sumaba a las

2 Alfredo PALACIOS: «La juventud universitaria y la tentativa de fascismo en la Argentina». Conferencia en la Universidad de Buenos Aires, 31 de julio de 1923. Reproducido en *Universidad y democracia*. Ed. Claridad, Buenos Aires 1928, p. 162.

3 Idem. p. 163.

diversas voces que, desde la Independencia hasta esos años, pugnaban por «ampliar la patria hasta hacerla americana» y crear así la «ciudadanía continental»<sup>4</sup>.

Estas últimas observaciones tenían directa relación con el segundo tema: el imperialismo yanqui. Es muy sintomático que Palacios dedicara más de la mitad de su conferencia a hablar del imperialismo yanqui. Esto es una muestra inequívoca de que la actitud antiimperialista es uno de los aspectos más remarcables del americanismo. En efecto, el conferencista lanza duras críticas al «panamericanismo», que, según decía, es la «política imperialista del capitalismo yanqui»<sup>5</sup>. En seguida hace una revisión histórica de las diversas invasiones de Estados Unidos de Norteamérica a los países latinoamericanos, de la política de empréstitos que les imponía, del petróleo y los recursos naturales que absorbía, del armamentismo, etc. Asimismo, desarrolla otros temas de carácter antiimperialista: habla de la plutocracia yanqui, critica la doctrina Monroe, el panamericanismo y el darwinismo social que enarbolaba el imperialismo<sup>6</sup>; opone la América europea a la América autóctona de los incas, mayas y aztecas; afirma que los límites de América Latina o Ibero se encuentran «entre el Río Grande y la Tierra de Fuego»<sup>7</sup>. Finalmente, critica la «apropiación» del nombre de América por los del norte y sostiene que «los representantes verdaderos de América» «somos nosotros», los aborígenes y los que se mezclaron en ellos<sup>8</sup>.

He aquí los ideales y las fuentes históricas que nutren y dan forma al mito americanista. Según Palacios, todo esto explica «esa emoción americana que es una especie de patriotismo agrandado»<sup>9</sup>. Aquí quedan bosquejadas algunas de las más importantes características del universo temático del nacionalismo continental latinoamericano.

## II. ¿EXISTE AMÉRICA LATINA?

Como podrá observarse, ahí hay una serie de afirmaciones que, por deformar la realidad, deben ser clasificadas como concepciones ideológicas. El análisis crítico de ellas debe permitirnos dilucidar la trama histórica del americanismo. La más importante es la afirmación siguiente: «América es una nación».

En principio es necesario hacer algunas precisiones conceptuales. La idea de nación ha sido una de las apropiaciones más inútiles y artificiales que ha hecho América de Europa. Como se sabe, este concepto aparece como un nuevo proyecto

4 Idem. pp. 164-165.

5 Idem. p. 168 y siguientes.

6 Esta parte corresponde a la conferencia citada, pero fue mejor desarrollada en «Llamado a los jóvenes universitarios de Estados Unidos contra la plutocracia yanqui», de marzo de 1927; reproducido también en *Universidad y democracia*, op. cit. p. 141 y siguientes.

7 Sobre esto ver particularmente «Panamericanismo e ibero-americanismo en la Universidad»; carta de Palacios dirigida a Méndez Pereyra, organizador del Congreso Panamericano de 1926, fechada en noviembre de 1925. También reproducido en *Universidad y democracia*, op. cit. p. 121.

8 Idem. pp. 150-151.

9 Idem. p. 168.

comunitario con la Revolución Francesa de 1789. Ésta atacó a las corporaciones, las comunas y todo lo que implicara realidades comunitarias; simultáneamente se creó un nuevo Estado centralista y unitario que se asentó en una nueva «comunidad imaginaria»: la nación. Ella pronto se convirtió en la nueva y englobante referencia comunitaria. Así los revolucionarios lograron implantar, con la ayuda del Estado, esta nueva dimensión societaria, con el objetivo de llenar el «vacío afectivo» dejado por las desaparecidas o abatidas «comunidades reales». De esta manera se inicia una época en que «el principio de las nacionalidades» modifica la carta de Europa (1830-1880).

Al respecto, según Hobsbawm, en ese proceso de creación de naciones, los europeos se planteaban dos preguntas: 1) ¿cuáles eran, entre las numerosas poblaciones de Europa, las susceptibles de ser clasificadas en la categoría de «nacionalidades», y por ende, las que podrían obtener un Estado?; 2) ¿cuáles eran, entre los numerosos estados existentes, los que tenían verdaderas características de una nación? Evidentemente, concluye Hobsbawm, «no todos los estados coincidían con las naciones, ni a la inversa»<sup>10</sup>.

Nada de esto sucedió en América. La idea de nación no tenía aquí pueblos o comunidades históricas diferenciadas en el campo social, cultural ni político; en esas condiciones, el debate sobre «el principio de las nacionalidades», tal y como se planteó en Europa, no existió ya que la realidad de este continente era totalmente diferente. En todo caso, preguntamos: ¿qué criterios «nacionales» podrían argumentarse para justificar la división de los estados andinos o centroamericanos?, ¿eran naciones diferentes? Y lo que es grave: ¿eran naciones? Fácil es pues constatar que la idea de nación no tuvo asiento real ni ideológico en estas tierras.

En esa época, como lo es ahora, América Latina era un continente social, cultural y políticamente mucho más homogéneo que Europa, Asia, África e incluso Estados Unidos de Norteamérica. Aquí el gran debate se hizo sobre la idea de la soberanía, lo que en algunos casos se confundió con la idea de nación. Pero lo que debe quedar claro es que esta última era un sentimiento de pertenencia regional o local, cuyo origen se encuentra en las antiguas unidades administrativas coloniales: los virreinos, capitanías generales, audiencias y en última instancia la ciudad-provincia<sup>11</sup>. En esas condiciones, el sentimiento de pertenencia a una comunidad, región o provincia era fundamentalmente territorial, localista y a lo más político. En realidad, el llamado «sentimiento nacional» se forma tardíamente y está vinculado a las guerras civiles, los proyectos de construcción de los estados nacionales y finalmente a

10 Sobre esto ver Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginadas (reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo)*. Fondo de Cultura Económica. Traducido por Eduardo Suárez, México, 1993, p. 23 y siguientes. También Eric HOBBSAWM: *Nations et nationalismes depuis 1789*. Ed. Gallimard, París 1992, pp. 36-37 y 63.

11 John LYNCH: *Las revoluciones en hispanoamérica: 1808-1826*. Ed. Ariel, Madrid, 1976, pp. 35-37. También François-Xavier GUERRA: «La metamorfosis de la representación en el siglo XIX», en Georges COUFFIGNAL: *Democracias posibles (el desafío latinoamericano)*. Ed. Siglo XXI, p. 50.

la enseñanza de las historias patrias en los colegios, fundamentalmente hacia fines del siglo XIX.

La extensa bibliografía existente sobre la Independencia nos muestra que lo que estaba en juego no era la formación de naciones sino de *patrias*<sup>12</sup>. En el caso peruano, Jorge Basadre ha demostrado que antes y después de la independencia, lo primero que aparece en este continente como «conciencia de sí» fue la idea de patria. Aquí, como en otros países de América, los revolucionarios se llamaban «patriotas» y la mayor parte de los grupos independentistas se autodenominaban «sociedades patrióticas»; además, durante muchos años, en el Perú todo acto oficial comenzaba con un rotundo «¡Viva la Patria!»<sup>13</sup>. Esto es importante remarcarlo porque entre una y otra noción hay diferencias importantes. La noción de patria es más antigua que la de nación, pero ambas tienden a superponerse y confundirse a partir de la Revolución Francesa<sup>14</sup>. En términos generales, la patria evoca las ideas de pueblo, territorio, ley, padres fundadores, libertad, acción política y Estado; es la *civitas*, la comunidad organizada políticamente. La nación alude más a una comunidad afectiva, a su espacio e

- 12 Esta diferenciación nos permite comprender muchas de las características que presenta el movimiento de la independencia, pero, asimismo, diferenciarlo de los producidos en la posterior formación de los estados nacionales. La no diferenciación ha producido graves confusiones e incluso ha llevado a muchos investigadores a analizar, con los mismos marcos teóricos, los fenómenos nacionalistas de América con los de Europa. Un claro ejemplo de esto lo ofrece el libro de Benedict ANDERSON *Comunidades imaginadas*. Esto lo lleva a confundir nación con patria, Estado y nación. Producto de ello, su análisis contiene una serie de errores de perspectiva: 1) no llega a percibir el nacionalismo continental; 2) ve en el nacimiento de los Estados latinoamericanos la expresión de movimientos nacionalistas. En términos generales, la idea de nación es bastante débil en este continente y él mismo parece confirmarlo en una serie de opiniones de la época donde habla de «generalizado republicanismo», cuyas características fundamentales están vinculadas al territorio, la administración, el sacrificio por la bandera, el amor político, etc.
- 13 Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú*. Ed. Universitaria, Lima, 1963, tomo I, p. 257 y siguientes. También Felipe PARDO Y ALIAGA: «El Paseo de Amancaes», reproducido en *Costumbristas y satíricos*. Ed. Biblioteca Popular. Primera serie N° 9, París, 1938, tomo I, p. 181, nota 1. Ver también Jean Paul DELEER y Yves SAINT-GEOURS: *Estados y naciones en los Andes*. Ed. /FEA/IEP, Lima 1986, Volumen II, Instituto Francés de Estudios Andinos-Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1986. A nivel continental el libro de Luis Alberto SÁNCHEZ: *Nueva historia de la literatura americana*. Ed. Impropesa, Lima 1987, demuestra lo objetivo de nuestra apreciación. En efecto, algunos nombres de sociedades citadas por este autor son las «Sociedades patrióticas», que surgen desde 1811 en Chile, Perú, Venezuela, México, Ecuador, etc. En cuanto a las obras más conocidas en este continente cita las de Esteban DE LUCA: *Marcha patriótica*, canto, Chile, 1810; Camilo HENRÍQUEZ: *Camila, patriota de Sudamérica*, teatro, Chile, 1817; Bartolomé HIDALGO: *Diálogos patrióticos*, canto, Uruguay, 1817; Guillermo MATA: *Canto a la Patria*, Chile, 1864; Abigail LOZANO: *Cantos a la Patria*, Venezuela, 1864; Miguel Antonio CARO: *La vuelta a la Patria*, poemario, no cita país, 189?; Justo Sierra: *Catecismo de la Historia Patria*, historia, México, 189?; Juan Zorrilla de San Martín: *La leyenda Patria*, oda, Uruguay, 1879, etc. Entre los periódicos cita *El amigo de la Patria*, Guatemala, 181?; *El Patriota*, Venezuela, 1840, entre otros.
- 14 Sobre esto ver Jacques GODECHOT: «Nation, Patrie, nationalisme et patriotisme en France au XVIII<sup>e</sup> siècle»; y Pierre VILAR: «Patrie et Nation dans le vocabulaire de la guerre d'indépendance espagnole». Ambos en *Historique de la Révolution Française*. Octubre-Décembre 1971, N° 206. También Jean Yves GUIOMAR: *La Nation entre l'histoire et la raison*. Ed. La Découverte, París 1990, pp. 14-21. Para ver el origen romano de la idea de patria consultar Claude NICOLET: *Le métier du citoyen dans la Rome Républicaine*. Ed. Gallimard, París 1976, p. 64 y siguientes.

identidad cultural. En este sentido, mientras patria nos remonta a la idea del «patriar- ca», del padre común y del Estado<sup>15</sup>, la nación nos lleva a la comunidad, la hermandad y la madre nutricia<sup>16</sup>. Es cierto que ambas nociones se interceptan en la «tierra», pero mientras la patria se refiere a ella como condición o espacio ocupado, la nación la evoca como situación o espacio vivido<sup>17</sup>.

Aunque América Latina es un continente bastante homogéneo, la existencia de rasgos «comunes» no es suficiente para mostrar la existencia de una comunidad nacional. En efecto, la llamada «nación continental» tuvo dos grandes obstáculos para su realización: primero, los sentimientos patrióticos o «nacionalismos particulares»; y segundo, las separaciones administrativas así como la falta de comunicación que permitiera a sus miembros un mínimo de cohesión y consenso con respecto a un proyecto societario común<sup>18</sup>. Es así que después de tres siglos de dominación colonial, España dejó a este continente en una situación paradójica: primero, la relativa homogeneización de esa misma población en el campo de la religión, la lengua, la tradición y la mezcla racial; segundo, la división administrativa colonial que separaba las poblaciones en virreinos, capitanías generales y audiencias, que propició la formación de unidades políticas regionales distintas y muchas veces en conflicto. Esto último fue favorecido por el aislamiento derivado de las políticas comerciales monopólicas de la metrópoli, los conflictos raciales y culturales, así como la extensa y difícil geografía del continente<sup>19</sup>. Es sobre la base de lo primero que se forma el americanismo y sobre lo segundo que se consolidan los nacionalismos particulares.

Con la desaparición del Estado colonial sobreviene la época del nacionalismo iberoamericano, que se extiende entre 1810 y 1844. En esta época estallan guerras civiles, la

15 Gustave GLOTZ tiene interesantes anotaciones sobre el origen de la idea de patria en la Grecia antigua. Refiriéndose al «patriotismo» afirma: «Esta pasión de independencia hace de la ciudad, por pequeña que sea, un Estado soberano. Tomose dos ciudades vecinas: todo las separa. Los hitos sagrados que indican los límites de los territorios sagrados trazan las líneas de demarcación casi infranqueables entre las religiones y las leyes, los calendarios, las monedas y las medidas, los intereses y las afecciones. ¿Qué es la Patria en los grandes siglos de la Grecia antigua? La palabra indica. Ella designa todo lo que unifica a los hombres que tienen un ancestro común, un mismo padre». Gustave GLOTZ: *La Cité Grecque*. Ed. Albin Michel, París, 1968, p. 38.

16 Esta visión del padre y de la madre, como imágenes primordiales del inconsciente colectivo, nos remontan a la idea del mito del Estado y de la utopía social. Sobre esto consultar Ernest CASSIRER: *Le Mythe de l'Etat*. Ed. Gallimard. París 1993; y Jean Servier: *Histoire de l'Utopie*. Ed. Gallimard. París, 1991.

17 Nosotros desarrollaremos esto más ampliamente en la segunda parte de este trabajo, cuando hablemos del «mito americanista». En este momento, la base de nuestro análisis estará en los textos publicados por los estudiantes y obreros de diversos países del continente latinoamericano.

18 Sobre las comunicaciones, como aspecto clave del proceso de formación de las naciones, consultar Christophe JAFFRELOT: «Les modèles explicatifs de l'origine des nations et du nationalisme (revue critique)», en *Théories du nationalisme*. Ed. Kimé, París 1991. p. 142 y siguientes. También ver Benedict ANDERSON, *op. cit.*, p. 98 y siguientes.

19 Si la difícil geografía del continente era ya un grave obstáculo para la comunicación, el poder colonial impuso el aislamiento como una medida para el control y la dominación de esas poblaciones sometidas. Las políticas comerciales de Madrid fueron severamente monopólicas y trataron las regiones administra-

mayoría de ellas auspiciada por las oligarquías regionales, que convertidas en clases dominantes en las antiguas unidades administrativas coloniales, impulsaron el nacimiento a los nuevos estados. En realidad, las clases dominantes criollas fueron los verdaderos soportes de la independencia. Ellas dieron sus fortunas e incluso ofrendaron las vidas de sus hijos. Entre 1808 y 1828, un gran número de familias aristocráticas criollas se arruinaron; al respecto, basta recordar que entre 1814 y 1816, cuando se produce la contraofensiva española, «más de dos tercios de las grandes familias terratenientes sufrieron pesadas confiscaciones» y casi el mismo porcentaje dieron sus vidas por esa causa<sup>20</sup>.

En términos generales, pocos años después de iniciarse el proceso de la independencia, la euforia unionista disminuye y surgen los conflictos entre caudillos, familias oligárquicas y otros grupos de poder. Así se iniciaba la segmentación de este continente, hasta ese entonces dominada y gobernada unitariamente por el imperio español. En 1811, Paraguay se independiza de Buenos Aires; en 1821, Brasil se anexa el Uruguay; en 1825, Bolivia se separa del Perú y Brasil entra en conflicto con Buenos Aires; en 1828, Uruguay se separa del Brasil; en 1830, se divide la Gran Colombia y nacen Venezuela, Colombia y Ecuador; en 1832, Colombia declara la guerra al Ecuador; en 1835, San Salvador se subleva contra la República de América Central, México sufre una guerra civil y Texas se declara República Autónoma, se crea la Confederación Peruano-Boliviana, que intentó reunir a ambos pueblos; en 1836, Chile declara la guerra a la Confederación Peruano-Boliviana y esta última se disuelve; en 1838, se divide la República de América Central y aparecen Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica; en 1844, se separa la República de Santo Domingo de Haití.

Los estados latinoamericanos fueron, pues, contruidos sobre dos dimensiones: a) la antigua división administrativa de la colonia; y b) los intereses políticos y oligárquicos de familias y otros poderosos grupos locales. Lo primero generó el sentimiento de arraigo local, y legitimó luego, en la independencia, el principio del *uti possidetis*, que convertía esas divisiones en el armazón territorial de los nuevos estados. Lo segundo consolida el arraigo local, enerva los conflictos territoriales y genera los primeros grupos dominantes locales, salidos esta vez de las huestes criollas. Como se observa, la lógica de construcción de los estados no obedecía a diferencias históricas, sociales o culturales entre estos pueblos, sino a divisiones administrativas, intereses locales de índole político e incluso familiares. En oposición, en Europa los países se construyeron casi siempre sobre espacios ocupados por comunidades con historias y características socioculturales diferen-

tivas en zonas económicas aisladas, impedidas de comerciar entre ellas. Además, los bienes y personas podían transitar solo por los puertos. Los pueblos que vivían a un lado u otro del continente no se conocían más que por nombre. Por ejemplo, el viaje por mar de Buenos Aires a Acapulco duraba cuatro meses; el viaje por tierra de Buenos Aires a Santiago de Chile duraba dos; y de Buenos Aires a Cartagena seis meses. Citado por Benedict ANDERSON: «Vieux empires, nouvelles nations», en *Théories du nationalisme*, op. cit., p. 223. Ver también John Lynch: *Las revoluciones en hispanoamérica*, Ed. Ariel, España 1976, p. 35 y siguientes.

20 LYNCH: *The Spanish-American Revolutions*, p. 208. Reproducido por Benedic Anderson en *op. cit.* p. 222.

ciables. Esto es comparativamente muy importante. En efecto, George Burdeau afirma que en países antiguos como los europeos «es la nación la que hizo el Estado».<sup>21</sup> En América Latina, al contrario, eran estos los que intentaban formar naciones. En ese sentido, estos nuevos estados eran *strictu sensu*, «estados sin naciones».<sup>22</sup>

Precisamente por ser «estados sin naciones», el discurso nacionalista de los grupos dominantes mostró todas las características de una prédica patriótica: se basaban fundamentalmente en el Estado (como expresión territorial y político-administrativa) y no sobre la comunidad histórica (dimensión social y cultural de la nación). Esto se nota más claramente a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando se inicia la era del imperialismo. Las relaciones con éste fueron de tipo vertical y no horizontal: alianza y subordinación al imperialismo yanqui e inglés; conflicto y competencia con los estados vecinos. Tanto las alianzas como los conflictos se hicieron a partir del Estado y no de la sociedad, es decir, a partir de las diferencias y no de las semejanzas. En síntesis, los nacionalismos particulares se muestran externamente dependientes, lo que al final de cuentas es la negación misma del nacionalismo; e internamente, al fundarse en el Estado-territorial, antes que en la nación (que como realidad no existía ni podían reivindicar), aparecen como patriotas y no como nacionalistas.

Contrariamente a estos últimos, los americanistas, y particularmente Simón Bolívar, José Martí y Manuel Ugarte,<sup>23</sup> sostenían la existencia de la nación americana tomando como base la lengua, la raza, la religión, la tradición «comunes», y sobre estas características elaboraban metáforas que hablaban de América como una *madre* y de sus miembros como *hermanos*.<sup>24</sup> Esto es muy usual en la retórica de los criollos americanistas.

21 Georges BURDEAU: *L'Etat*. Ed. Le Seuil., París 1970, p. 37. Sobre esto ver también John LYNCH, *op. cit.*, p. 36 y siguientes.

22 El caso de los países andinos son los más evidentes. Sobre esto ver Danièle DÉMELAS: *Nationalismes sans nations? (la Bolivie aux XIX<sup>ème</sup>-XX<sup>ème</sup> siècles)*. Ed. C.N.R.S., París 1980. La historia del Ecuador es bastante ilustrativa. Rafael Quinteros afirma que a inicios del siglo XIX los grupos dominantes del Ecuador no tenían una «conciencia nacional». Luego afirma que los gobiernos no supieron resguardar «la nación territorio (sic) lengua, cultura, etc.» contra Colombia y el Perú. En «El Estado terrateniente del Ecuador», reproducido en *Estados y naciones en los Andes*. *op. cit.*, p. 406. Para este autor el concepto de nación está llena de contrasentidos. La nación no es territorio sino una comunidad; cuando habla de «nación territorio» en realidad hace referencia a los límites del Estado territorial (él afirma que el Estado no existió) y no de la nación, en el sentido estricto del término. Defender la «nación ecuatoriana», que el autor entiende como «lengua, cultura, raza, etc.», contra el Perú o Colombia que son pueblos con la misma lengua, cultura, raza, es simplemente defenderse de los iguales. Entonces, la «ausencia de conciencia nacional» no se debió, como afirma Quinteros, a la supremacía de los intereses terratenientes regionales sobre los «nacionales», sino, precisamente, a la falta de características nacionales diferenciables de la población peruana o ecuatoriana.

23 Además de las obras completas de Bolívar y Martí, existen dos trabajos en los que puede encontrarse desarrollada esta dimensión «filial» de América y los americanos. Para Bolívar, Miguel ACOSTA SAIGNES: *Acción y utopía del hombre en las dificultades*. Ed. Premio Casa de las Américas, La Habana, 1977. Y para José Martí, Paul ESTRADA: *José Martí*. Thèse de Doctorat, Université de Toulouse-Le Mirail, 1984. Asimismo, consultar Manuel UGARTE: *El destino de un continente*. Ed. Mundo Latino, Madrid, 1923; y *La nación latinoamericana*. Ed. Biblioteca Ayacucho, Venezuela s/f.

24 Esta visión «filial» de la nación es una de las constantes en las teorías del nacionalismo. Uno de los primeros que ha utilizado esta idea ha sido Ernest RENAN en su famoso artículo «Qu'est-ce qu'une



Aquello es particularmente revelador porque el criterio de unidad, inicialmente elaborado por los independentistas, era de carácter étnico. En efecto, ellos hacían referencia a lo criollo no solo por una cuestión de poder, sino porque, objetivamente, este grupo étnico-social era el único que podía ofrecer un criterio de unidad continental. En los territorios de la antigua colonia española había un gran número de lenguas, razas, culturas, de las cuales los criollos y la cultura colonial eran minoritarios. No obstante, estos últimos eran los más ilustrados, los únicos que tenían comunicación regional e interregional, poseían una identidad cultural y étnica, tenían similares intereses económicos y una voluntad de poder que no tenían los otros grupos sociales.

Esto demuestra por qué en las zonas de control político-administrativo español, donde se habían formado las aristocracias terratenientes criollas, surgieron las primeras campañas independentistas. Asimismo, explica por qué, pasada la independencia, el romanticismo del primer americanismo sucumbió rápidamente ante los intereses oligárquicos. Las proclamas que se dieron en quechua y aymara, el reconocimiento de la ciudadanía a los indios y de su rol fundamental en la construcción de la nación, la abolición de los tributos y la servidumbre, la entrega de tierras, etc., se convirtieron al poco tiempo en letra muerta.<sup>25</sup> Como se sabe, la República fue incapaz de mejorar la condición del indio, debido a que propició la consolidación del feudalismo, prolongó el racismo colonial y convirtió a los criollos en la nueva raza-clase dominante. La «hermandad americana», enarbolada por los independentistas, fue pues de origen e identidad criolla, y justamente sobre esta base étnico-cultural se pensaba la nación continental.

En conclusión, la nación americana es un mito y no una realidad. Además, el ideal americanista fue originariamente criollo y fueron ellos quienes levantaron ese proyecto y construyeron ese mito. América meridional tenía múltiples rasgos comunes, pero como proyecto nacional sucumbió al aislamiento de sus miembros, a los intereses y a la segmentación forzada que impusieron los grupos dominantes. No obstante, y a pesar de no serlo, ella tiene todas las características que la identifican como una nación inconclusa. En efecto, uno de los más importantes elementos que confirman la

nation?», en *Oeuvres Complètes*, tomo I. Ed. Calmann-Lévy, France 1947. Estas características del fenómeno nacional han sido estudiadas por Edgard Morin en su artículo «L'Etat-Nation»; reproducido en *Théories du Nationalisme*. Ed. Kimé, París 1991.

- 25 Parte de la literatura independentista entre 1810 y 1816 se hizo en quechua y aymara; en 1818 O'Higgins hizo su proclama en quechua; San Martín redactó su primera y segunda proclama, así como su decreto de abolición al tributo, en quechua; la instalación del Congreso Constituyente del Perú en 1822 se hizo en quechua. Además, desde los primeros días de la independencia del Perú se dio al indio la condición de ciudadano: se abolió el tributo, mitas, yanaconazgos, pongos, encomiendas, cacicazgos y toda clase de servidumbre personal; además, en armonía con el liberalismo de la época, Bolívar disuelve las comunidades indígenas y reconoce la propiedad de los indios sobre sus parcelas. Sobre esto ver Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú*, op. cit. tomo I, pp. 262-263. También Alfredo PALACIOS: *Universidad y democracia*, op. cit., pp. 240-242. Ver también Bernard LAVALLÉ: «Bolívar et les indiens», en *Bolívar et les peuples de Nuestra América*. Presse Universitaire de Bordeaux, 1990, pp. 104-105.

existencia real o potencial de una nación es el nacionalismo.<sup>26</sup> En nuestro caso, la prueba de esto es precisamente la pervivencia del americanismo.

Si esto es cierto, entonces, ¿qué es el americanismo? El americanismo es un tipo de nacionalismo, pero de dimensiones y referentes continentales; es más, por sus diversas expresiones y características, aparece en la historia social latinoamericana como la corriente ideopolítica más parecida al nacionalismo europeo. Este es un sentimiento de pertenencia a una comunidad, cuyos límites no son los marcados por los estados que en ella existen, sino por la historia compartida y las semejanzas sociales y culturales de sus pueblos. Esto parece dar sentido real a la llamada «gran hermandad» y a los enunciados de identidad e intereses comunes entre esos pueblos. Así, cuando los nacionalistas americanos hablan de la *Patria Grande*, hacen referencia a esa comunidad histórica y continental que convive en este territorio. El americanismo es, pues, un sentimiento de pertenencia nacional-continental que se asienta en el pasado compartido, el mismo que proyecta a sus miembros hacia el futuro por el tácito o expreso deseo de vivir juntos.<sup>27</sup>

### III. LA HISTORIA COMPARTIDA

Muchos estudiosos de los fenómenos nacionalistas sostienen que «la historia compartida» es una de las fuentes de inspiración más importantes del nacionalismo. Esto se da en el americanismo.<sup>28</sup> En principio, este discurso nacionalista aparece como un estado de «conciencia» que presenta, aunque en forma rudimentaria, una ideología explicativa del pasado, del presente y del porvenir de la sociedad americana.<sup>29</sup> En ese sentido, cuando Palacios afirma: «somos todos hijos de la revolución»,<sup>30</sup> ubica la independencia como el pasado compartido por todos y el punto de partida del nacionalismo continental. A continuación veamos los aspectos más saltantes de esa historia compartida, y con ello, de la evolución del americanismo.

26 E. GELLER: *Nations and Nationalism*; citado por Eric Hobsbawm, *op. cit.* p. 20. Ver también Raúl ZAMALLOA ARMEJO: «El proceso de la nacionalidad»; en *Perú: Identidad nacional*. Ed. CEDEP. Lima, 1979, p. 34.

27 Estas características fueron inicialmente empleadas para el caso europeo por Ernest Renan en su famoso artículo «Qu'est-ce qu'une nation». En *Oeuvres Complètes*, tomo I, *op. cit.*, pp. 903-904.

28 Para Otto BAUER, uno de los aspectos centrales de la formación de las naciones es la «historia compartida». Sobre esto ver *El problema de las nacionalidades y la socialdemocracia*. Ed. Siglo XXI. Madrid 1976.

29 Estamos de acuerdo con Christophe JAFFRELOT cuando define el nacionalismo como un «sentimiento de pertenencia a la nación»; pero no estamos de acuerdo con él cuando da un rol primordial a la «modernización» y atribuye uno secundario a la «ideología». En nuestro caso, el americanismo se presenta como una conciencia nacional que tiene aspectos de una ideología en proceso de formación. Ver «Les modèles explicatifs de l'origine des nationalités et du nationalisme (revue critique)». En *Théories du nationalisme*, *op. cit.*, p. 140.

30 Alfredo PALACIOS: *Universidad y democracia*, *op. cit.*, p. 162.

a) *En el inicio, realidades y utopías*

La historia de la independencia y del nacionalismo continental americano comienza con la «Carta a los españoles americanos», redactada en 1792 por el jesuita peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán.<sup>31</sup> Esta carta fue escrita en Francia, en plena revolución, y publicada en Londres en 1801. Es considerada como la primera proclama de la revolución americana. Su importancia no solo estriba en el hecho de haber sido leída clandestinamente por un gran número de cenáculos revolucionarios, sino también porque muestra dos elementos claves de la empresa independentista: 1) la ruptura con España; y 2) el deseo de redescubrir y restituir América a la realidad mundial.

Al comenzar su carta, Vizcardo y Guzmán afirma: «El nuevo mundo es nuestra patria».<sup>32</sup> Esta identificación de los criollos con esta tierra se hacía en oposición a España y a los españoles. En efecto, al enunciar el monopolio político y comercial de ese imperio, decía: «España nos destierra de todo el mundo», «nos han creado como en una ciudad sitiada».<sup>33</sup> Luego sostiene que el pacto de justicia y protección entre el Rey y sus súbditos, no había sido respetado en América. A continuación entra en una asociación «edipiana», donde este continente aparece en «estado de infancia» y el imperio español aparece simbolizando la imagen «paternal».<sup>34</sup> Así, haciendo analogía con esta relación filial, afirma que «el hijo» debe emanciparse del padre y redescubrirse para provecho de la humanidad. Al final esboza esta visión utópica de América:

*¡Cuando a los horrores de la opresión y de la crueldad suceda el reino de la razón, de la justicia, de la humanidad [...] cuando sean echados por tierra los odios obstáculos que el egoísmo más insensato, opone al bienestar de todo el género humano, sacrificando sus verdaderos intereses al placer bárbaro de impedir el bien ajeno, que agradable y sensible espectáculo presentarán las costas de América, cubiertas de hombres de todas las naciones, cambiando las producciones de sus países por las nuestras! Cuántos huyendo de la opresión o de la miseria, vendrán a enriquecernos con su industria, con sus conocimientos y a reparan nuestra población debilitada. De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra, y sus habitantes serán atados por el interés común de una gran familia de hermanos.*<sup>35</sup>

En esta cita se percibe uno de los aspectos más importantes del americanismo: su vocación universalista. Vizcardo y Guzmán plantea a los americanistas que vendrán

31 Juan Pablo VIZCARDO Y GUZMÁN: *Carta a los españoles americanos*. 1ª edición en Londres por P. Bayle, Picadilly, en 1801. Ed. Popular Comisión Organizadora del «Año del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria al Congreso de Panamá». Lima, 1974.

32 Idem. p. 2.

33 Idem. pp. 5 y 6.

34 Idem. p. 31.

35 Idem. pp. 40-42.

luego, una de las tareas más arduas y formidables: la restitución de América al mundo, para el bienestar de la Humanidad.

Ahora bien, Vizcardo y Guzmán intenta persuadir al gobierno inglés para que participe en la independencia, pero no lo consigue. Este ilustre peruano murió en Londres en febrero de 1798. Esta carta y otros documentos llegaron a las manos del venezolano Francisco de Miranda, quien traduce parte de ellos al francés.<sup>36</sup> Este último, que es uno de los más connotados precursores políticos de la independencia americana, incorpora en sus proyectos la herencia ideológica de Vizcardo y Guzmán.

Con Francisco de Miranda aparece por primera vez el mito del Estado Continental, propio del americanismo. Como veremos en este trabajo, esa idea se presenta como una especie de arquetipo o «imago» colectivo que orienta política e ideológicamente a muchos americanistas. Inicialmente, este mito aparece como la búsqueda del «Estado histórico».<sup>37</sup> En efecto, parece que los criollos, en su deseo de independencia, rechazaron su desventurada identidad hispana y buscaron en lo indígena la base de la nación. Es así que se adherían romántica y episódicamente a una raza y una tradición que era precisamente opuesta a lo hispano y colonial. Además, en el pasado indígena había algo que ellos buscaban: el Estado histórico, unificador y poderoso, que actuando como criterio de unidad sobre la conciencia popular, sirviera de base para la construcción de la proyectada Patria continental.

Los personajes que expresan con mayor claridad este aspecto mítico del americanismo fueron dos. El primero es el prócer Francisco de Miranda, quien al concebir la colonia española como una gran nación, buscó en su historia un Estado continental que la abarcó y encontró el imperio del *Tawantinsuyo*. Es así que en 1801 propone la creación de un «Estado imperial americano», con sede en el istmo de Panamá. El Poder Legislativo se llamaría «Dieta Imperial», los representantes municipales y provinciales llevarían el título de «curacas» y los dos presidentes, elegidos por «los ciudadanos del Imperio», tendrían el «título de Incas, nombre *venerado en este país*».<sup>38</sup> Como se observa, en su inicio (y continuará siéndolo por mucho tiempo después) el proyecto de construcción del mítico Estado continental se levantaba sobre la imagen arquetípica del Imperio de los incas.

El mismo proyecto del Estado continental lo encontramos en Bolívar, aunque en él no aparece como una propuesta política, sino como adaptación a los mitos andinos. En efecto, en el Cusco los indígenas lo recibieron de la misma manera en «que sus antepasados recibían a sus emperadores».<sup>39</sup> Pero esta confusión o asimilación de la figura de Bolívar

36 Idem. p. 111.

37 Eric HOBBSAWM afirma que la búsqueda del «Estado histórico» es bastante común en los movimientos nacionalistas. Sobre esto ver *Nations et Nationalismes depuis 1789*, op. cit., pp. 99-100. Sobre el concepto de «imago» consultar J. Laplanche y J. B. Pontalis: *Diccionario de Psicoanálisis*. Ed. Labor Barcelona, 1977, p. 199; también C. G. JUNG: *Lo inconsciente*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1976, p. 88.

38 Francisco de MIRANDA: «Esquisse de Gouvernement Provisoire». Londres, 2 de mayo de 1801. Reproducido en *Textos sobre la Independencia*. Ed. Guadarrama. Madrid, 1959, pp. 72-73.

39 Testimonio de O'Leary, citado por B. LAVALLÉ. En *Bolívar et les peuples de Nuestra América*, op. cit., p. 106.

con la del inca o el rey comprometía a muchos grupos sociales e incluso a varios países. Como veremos, los ejemplos son muchos. Lo importante aquí es que Bolívar, sensible a esta necesidad mítica, comenzó a evolucionar del régimen liberal republicano hacia una República Federativa con un presidente vitalicio, cargo que sería ejercido por él. Este proyecto quedó plasmado en la Constitución de Bolivia de 1826, esbozado en la «Confederación de los Andes» y en el tratado la «Federación Boliviana». Como se sabe, este tratado, en el que se mezclaba republicanismo y monarquía, debía extenderse a otros países.<sup>40</sup>

En realidad, el presidente vitalicio tenía todas las características de un Inca y la Federación Americana se parecía a un Imperio. Este «sueño imperial» o incásico lo expresa claramente Bolívar en su discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, el 25 de mayo de 1826. Ahí, al hablar del presidente vitalicio, decía que era «como el Sol que, firme en el centro, da vida al Universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas».<sup>41</sup>

¿Bolívar quiso coronarse rey o inca de América? No hay ningún documento donde él o alguna persona cercana a él lo confirme. Esto es cierto, pero también lo es que muchos quisieron que lo fuera. En efecto, Carlos A. Villanueva ha demostrado que hubo varios proyectos para coronarlo e incluso le ofrecieron la corona de Emperador en Caracas, Bogotá, Quito, Lima y Chuquisaca.<sup>42</sup> En todas partes le rendían pleitesía, como si fuera un emperador. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el Perú. Jorge Basadre afirma que aquí en muchas misas se cantaba: «De ti vino lo bueno, señor; nos diste a Bolívar, gloria a ti, gran Dios»; asimismo, cita esta reveladora décima satírica del clérigo José Joaquín de Larrión: «Cuando de España las trabas/ en Ayacucho rompimos/ otra más no hicimos/ que cambiar mocos por babas/ del poder de don Fernando/ al poder de don Simón»;<sup>43</sup> Alberto Flores Galindo afirma que por esos años el pintor cusqueño Santiago Suárez pintó un lienzo donde hace confluir el Imperio del *Tawantinsuyo* como la República, y coloca a Bolívar como el continuador de los incas.<sup>44</sup> Hermes Tovar comenta que en la Gran Colombia la figura de Bolívar había

40 Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú*, op. cit., tomo I, p. 131. Muchos autores afirman que Bolívar copió esta presidencia vitalicia de la experiencia inglesa y de la napoleónica. Incluso Bolívar manifestó haberse inspirado en caso Haití, donde Petión, personaje que él admiraba mucho, fue elegido presidente vitalicio. No obstante, estas suposiciones y la misma declaración de Bolívar no explican su radical cambio político. Sobre esto ver Miguel ACOSTA SAIGNES: *Acción y Utopía del hombre en las dificultades*, op. cit., p. 366. Sobre las características de esta Constitución ver Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú*, op. cit., pp. 154-158. También Pierre Luc ABRAMNSON: «Pragmatisme et utopie dans la pensée politique de Simón Bolívar»; en *Actes du colloque de Milan: L'Etat, la révolution française et l'Italie*. Ed. Presse Universitaire d'Aix Marseille. 1990, p. 83.

41 Discurso de Bolívar ante el Congreso Constituyente de Bolivia, el 25 de mayo de 1826. Simón BOLÍVAR: *Obras Completas*, op. cit., tomo II, p. 1233.

42 Carlos Villanueva: *La monarquía en América: Bolívar y el general San Martín*. Librería Paul Ollendorff. París, 1911, p. 283.

43 Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú*, op. cit., pp. 144-145 y 190-191.

44 Alberto FLORES GALINDO: *Buscando un Inca*. Ed. Horizonte, Lima, 1988, p. 252.

«despertado entusiasmo y había sido comparado con personajes bíblicos y aun con Jesucristo, lo cual legitimaba más la República». <sup>45</sup> Uno de los ejemplos más reveladores lo da en 1824 el poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo, quien escribió un poema sobre la Batalla de Junín, donde Bolívar encarnaba al Inca Huayna Cápac dirigiendo a los Hijos del Sol a la victoria. <sup>46</sup>

Lo importante no es si Bolívar quiso o no quiso ser rey, sino que muchos querían y esperaban que lo fuera. Esto puede explicarse por la enorme influencia de este héroe continental, pero es fundamentalmente debido a que en aquella época los hispanoamericanos no conocían otro régimen que el monárquico. Lógico era pues que buscaran un rey o inca que llenara el vacío de poder dejado por el rey de España y pare la anarquía que los caudillos habían desatado en el continente. Esto explica que en muchos países de esta región existieran constituciones o proyectos monárquicos y que muchos caudillos fueran gobernantes absolutos, mucho más poderosos que los mismos reyes europeos. <sup>47</sup> Lo cierto es que muchos buscan ser proclamados reyes, aunque solo Iturbide lo logra en México; que varios se proclamaran dictadores supremos, aunque solo dos lograron avanzar hasta el final de sus objetivos: en Paraguay, José Gaspar de Francia fue nombrado «Dictador perpetuo», y en Guatemala, Rafael Carrera logró ser proclamado «Presidente vitalicio». Parece que no hay dudas: los hispanoamericanos, sorprendidos por la inesperada independencia, buscaban naturalmente un nuevo rey. Bolívar no quiso serlo, pero ese deseo insatisfecho pervivirá, con algunos simulacros, largo tiempo en estas tierras, muy a pesar de las improvisadas repúblicas que se instalaron en los nacientes estados-nación.

#### b) *La independencia y «el deseo de vivir juntos»*

Como hemos dicho, a partir de 1810 las antiguas colonias hispanas se dividen y dan origen a los nuevos países o estados-nación. De esta manera surgen dos realidades o comunidades imaginarias: la primera y más antigua es la criolla, que se asienta en el

45 Hermes TOVAR en «Problemas de la transición del Estado colonial al Estado nacional (1810-1850)»; en *Estados y naciones en los Andes*, op. cit., pp. 386-387.

46 Este poeta dice: «Venció Bolívar, el Perú fue libre/ y en triunfal pompa Libertad sagrada/ en el templo del Sol fue colocada». De esto retenemos dos imágenes: el Sol y el libertador. Como se sabe no fue Bolívar sino Necochea quien dirigió la batalla; no obstante, el poeta dice que Bolívar «Llama de improviso al bravo Necochea/ y mostrándole el campo/ partir, acometer, vencer le manda». Entonces el mando es de Bolívar. Con respecto al Sol este poema nos entrega las imágenes del ejército de los hijos del sol: «los ordenados escuadrones/ que el iris reflejan los colores/ o la imagen del Sol en sus pendones». Este poema muestra claramente a Bolívar como el hijo del Sol, es decir, el Inca: «Más de improviso/ la espada de Bolívar aparece/ y a todos los guerreros/ como el sol a los astros, oscurece» y concluye: «Tal héroe brillaba/ por las primeras filas discurriendo/ se oye su voz, su acero resplandeciente... en torno despedía/ rayos de luz tan viva y refulgente/ que, deslumbrando el español, desmaya/ tiembla, pierde la voz, el movimiento/ sólo para la fuga tiene aliento». José Joaquín OLMEDO: *Poesía completa*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pp. 122-152.

47 John LYNCH: *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*. Ed. Mapfre. Madrid, 1993, p. 175. También *Las revoluciones en Hispanoamérica: 1808-1826*. Ed. Ariel, Barcelona, 1976.

recuerdo del espacio colonial reconocido como realidad socio-cultural, al que reivindican como nación o patria continental; la segunda, nueva y más programática que imaginaria, es inventada por los intelectuales, caudillos y las oligarquías locales o regionales. La primera, que es la que aquí interesa, muestra inicialmente un vigoroso deseo de mantener unida a las antiguas colonias, en tanto realidad nacional, pero paulatinamente ese deseo se convierte en una propuesta ideológica y política. Esto último es el americanismo, lo que no es otra cosa que el «deseo de vivir juntos». En muchos casos esto lo vemos implícitamente en el accionar de muchas gentes, pero en otros casos lo vemos claramente expresado en acuerdos, artículos, proclamas, congresos, etc. Lo vemos en las proclamas de las Juntas Supremas de Caracas de 1810, de Santiago de Chile y Buenos Aires de 1811, en el Tratado de unión, liga y confederación de 1823, en el Congreso de Panamá de 1826, en el Congreso de Lima de 1847, etc.<sup>48</sup>

Todo parece indicar que ese «deseo de vivir juntos» comienza su recorrido a partir de la independencia. En realidad, la idea de pertenencia surge y se consolida en ese peregrinaje que fue la independencia. Como ha sido verificado en Europa y otros lugares, la peregrinación crea significados y lazos de pertenencia en las comunidades y particularmente en las llamadas «comunidades imaginadas» o naciones.<sup>49</sup> En nuestro caso, los independentistas americanos recorrían los valles, las montañas, los ríos, y es allí donde en ellos brota un sentimiento de posesión de esas tierras, antes dominadas por los que ahora llamaban «extranjeros». Pero al mismo tiempo tenían como compañeros de viaje a personas provenientes de diferentes lugares, unidos en los mismos ideales, comulgando con los mismos intereses, comunicándose en la misma lengua, compartiendo la misma religión. Surge así la idea de lo «nuestro» y el «nosotros».

El proceso de la independencia del Perú dinamizó en gran medida ese peregrinaje americano. Esto fue así porque este país había sido y aún era el centro del poder político y militar del imperio español; además, porque ahí se encontraban los criollos más reacios a la independencia. Era fácil comprender que de la independencia del Perú dependía la independencia de Hispanoamérica. En esas condiciones, miles de individuos y grupos independentistas de diversos países del continente se encaminaron a este lugar. Así, Basadre afirma que al Perú llegaron «los aportes argentinos y chilenos, seguidos de los colombianos (lo que) contribuyó a desarrollar, junto con el nacionalismo propiamente dicho, el nacionalismo continental».<sup>50</sup>

Esta enorme peregrinación propició y alentó el experimento americanista, el mismo que duró varios años. Efectivamente, los primeros presidentes del Perú fueron el argentino San Martín, el venezolano Simón Bolívar, el ecuatoriano La Mar y el boliviano Santa Cruz; además, en el Congreso Constituyente de 1822 a 1825 hubo nueve

48 Ver también Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú*, op. cit., tomo I, pp.5 y 119, y Francisco Pívidal: *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*. Ed. Premio Casa de las Américas, La Habana, 1977, pp. 34 y 40-41.

49 Benedict Anderson: *Comunidades imaginadas*, op. cit., pp. 85-88.

50 Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú*, op. cit., p. 269.

diputados de Colombia, tres de Argentina, uno de Chile y uno del Alto Perú. Lo mismo se ve en otros países, donde hombres nacidos en otros países fueron políticos y hombres públicos en otros. Como dice Luis Alberto Sánchez, en esa época «no hubo extranjero en nuestras patrias chicas».<sup>51</sup> Así, las luchas por la independencia habían creado, en la práctica, la «ciudadanía continental» que había sancionado la Constitución argentina de 1822 y que en 1826 proyectara el Congreso de Panamá.<sup>52</sup>

El americanismo surge pues de esta historia compartida por miles de criollos independentistas.<sup>53</sup> Debido a las luchas se habían desplazado por todo el continente y, al encontrarse hermanados por ellas, compartieron, por muchos años, los mismos ideales americanistas. Al final del combate, después de desperdigarse por todo este territorio, siguieron siendo la «conciencia nacional continental» que sobreviviría todo el siglo XIX y parte del siglo XX, de mal grado los nacionalismos particulares.

### c) *El imperialismo y su rol en la formación de la identidad latinoamericana*

Es indudable que la presencia amenazante de Estados Unidos sobre estos pueblos ha desempeñado un papel importante en la formación y evolución del americanismo. Como hemos visto, el americanismo expresa una relación emotiva de los hombres hacia su tierra; así, al evocar a ésta y sus límites, su invasión o amenaza provocaba inmediatamente la identificación de los enemigos. El enemigo primigenio fue el imperio colonial de España, pero a medida que se desarrolló la historia de la independencia y la formación de los Estados latinoamericanos, Estados Unidos comenzó a desplazar a España en el rol del enemigo. El origen de este último data de 1817, cuando el presidente de Estados Unidos, James Monroe, apoyó con armamento a los españoles para que arrojaran a las tropas de Bolívar de la isla Amelia. En efecto, éstas ocuparon esa isla e instauraron la República de la Florida. Sorprendentemente, Estados Unidos envió los barcos «El Tigre» y «Libertad» provisto de armamento para que los españoles recuperen sus tierras y arrojen a los «invasores». Los independentistas confiscaron estos buques, lo que mar-

51 Luis Alberto SÁNCHEZ: *¿Existe América Latina?* Ed. Luis Alva Castro. Lima, 1991, p. 32. También Jorge BASADRE: *Elecciones y centralismo en el Perú*. Ed. Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico. Lima, 1980, p.17.

52 El delegado peruano señor Vidaurre, en una de las cláusulas de sus «Bases para una confederación general de América», propuso «la del establecimiento de una ciudadanía común entre todos los confederados». Citado por Miguel ACOSTA SAIGNES: *Acción y utopía del hombre en las dificultades*, op.cit., p. 427.

53 ¿Cuántos soldados integraron el «Ejército Libertador» de Bolívar o el ejército de San Martín? No hemos encontrado cifras exactas. No obstante, sabemos que el ejército de Colombia estaba compuesto de 32.000 hombres, que Bolívar desplazó más de 2.800 soldados al Ecuador y envió 8.000 al Perú. San Martín llegó a Chile con 4.500 soldados y partió de este país hacia el Perú con 6.000. Además, en 1822 una parte del ejército peruano, conocida como los «Intermediarios», tenía 3.000 hombres de cuatro países diferentes. La ausencia de información exacta, por lo demás comprensible, nos imposibilitan medir la envergadura humana de la empresa libertadora. Lamentablemente tenemos que conformarnos con hablar de «varios miles» de libertadores. Sobre esto consultar: Miguel ACOSTA SAIGNES: *Acción y utopía del hombre en las dificultades*, op. cit.; Demetrio RAMOSPÉREZ: *San Martín, el libertador del Sur*. Biblioteca Iberoamericana. Ed. Anaya. Madrid, 1988; y Jorge Basadre: *Historia de la República del Perú*, op. cit., tomo I.



ca el inicio de una tensa relación con Estados Unidos. Bolívar acusó a los angloamericanos de haber traicionado los principios de amistad al «dar armas a unos verdugos y para alimentar unos tigres que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana, la sangre de sus propios hermanos».<sup>54</sup>

El 23 de diciembre de 1817, el presidente Monroe ordenó la invasión de la isla y desalojó a los libertadores. A partir de ese momento, se produjo una serie de incidentes entre unos y otros por la posesión de la isla. El gobierno de Estados Unidos, preocupado por una nueva invasión de los sudamericanos, apresura sus trámites para adquirir La Florida. Ese había sido su verdadero interés. Así, en 1819, Estados Unidos recibió de España La Florida, a cambio de hacerse cargo de un pasivo de cinco millones de dólares.<sup>55</sup>

El 2 de diciembre de 1823, y cuando la independencia latinoamericana ya era casi total, el presidente James Monroe anunció en el Congreso norteamericano una doctrina que llevaría su propio nombre. Ella se componía de una serie de principios de política extranjera, donde anunciaba su decisión de protección al continente americano hasta el paralelo 51, de toda intervención colonial europea. En esta doctrina, bajo la consigna de «América para los americanos», Estados Unidos planteaba una ambigua relación con sus vecinos: de un lado, anunciaba su participación activa en la protección del continente; y del otro, insinuaba (por lo menos así será interpretada luego), su voluntad de dominación continental.<sup>56</sup>

A partir de ese momento Bolívar inicia un claro deslinde entre las dos «Repúblicas Americanas»: llama «extranjeros» a los del norte y los excluye de «nuestros arreglos americanos».<sup>57</sup> Finalmente, se les opone cuando constata que los norteamericanos, ante la imposibilidad de boicotear el Congreso de Panamá, intentaban convertir a ese país en «jefe» de la Confederación Americana.<sup>58</sup> Así fue cómo la obstrucción de los norteamericanos a los avances libertadores y unionistas de los sudamericanos creó, en estos últimos, los primeros signos de diferenciación y oposición político, étnico y cultural entre ambos pueblos.

Luego de estos acontecimientos, vemos aparecer claramente en el imaginario americanista, una suerte de doble visión geopolítica de América en el mundo. La primera surge en oposición a Estados Unidos y contempla, a contrapelo a la realidad

54 Simón Bolívar en *Obras completas*, op. cit., tomo I, p. 314.

55 Francisco PIVIDAL: *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, op. cit., pp. 116-118.

56 *Grand Dictionnaire Encyclopédique Larousse*. France, 1989, p. 7061.

57 Es por ello que Bolívar decía: «Jamás seré de la opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos» porque son «extranjeros», en «Carta de Bolívar a Santander», Arequipa, 30 de mayo de 1825. En Simón Bolívar: *Obras completas*, op. cit., p.1108.

58 La doctrina Monroe buscaba impedir la presencia de potencias extranjeras en los territorios americanos. Pero, en la práctica, se convirtió en una argucia diplomática para convertir al presidente de Estados Unidos en el «jefe natural» de la Federación Americana que preparaba Bolívar. El señor Joel Roberts Pinsett, embajador de Estados Unidos en México decía: «sería absurdo que el presidente de Estados Unidos llegara a firmar un tratado por el cual ese país quedaría excluido de una *federación de la cual él debería ser el jefe*». Comunicación de Poinsett al embajador de Inglaterra en México el 27 de setiembre de 1825. Reproducida por Francisco PIVIDAL: *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*, op. cit., p. 177.

geográfica que muestra tres zonas, la división de este continente en dos grandes áreas: América del Norte y del Sur.<sup>59</sup> La segunda es la referida al equilibrio del mundo. En ella América Latina, libre y unida, aparece mediando y balanceando el poder que se disputan Europa y Estados Unidos en el mundo.

Esta última visión geopolítica está presente en Bolívar desde muy temprano, pero las contingencias de la guerra y las alianzas que ella implicaba la habían subordinado. Es solo después de conseguida la independencia y previsto el Congreso de Panamá cuando reafirma su propuesta sobre el rol que debería desempeñar América en el mundo. En efecto, Bolívar pensaba que la unión de los pueblos de América debería fundar, con la ayuda de Gran Bretaña, una nueva era en la humanidad. Aquella sería la del nuevo «equilibrio del Universo», formado sobre la base de esa «liga formidable» integrada por los pueblos de México, Perú, Chile, Buenos Aires, Nueva Granada y Venezuela.<sup>60</sup> Él estaba convencido de que «la libertad del mundo está dependiente de la salud de América».<sup>61</sup> Es en esa perspectiva que, en vísperas del Congreso de Panamá, sostiene que ese «nuevo mundo», impulsado por la Confederación Americana, sería formado por «naciones independientes, ligadas todas por una ley común»; y que de esa manera «un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas».<sup>62</sup>

El rol de América en el «equilibrio del mundo» será retomado por el chileno Francisco Bilbao en su libro *América en peligro* (1862). Este fue una de las tantas respuestas americanistas a las invasiones de Santo Domingo por España, de México por Francia y de Estados Unidos a diversos países centroamericanos.<sup>63</sup> En este libro, Bilbao retoma las ideas de América Latina como una gran Nación Continental, de la Asociación de las Repúblicas, la ciudadanía continental e inaugura la idea de «amenaza imperialista» de Estados Unidos con respecto a sus vecinos del sur.<sup>64</sup> Pero lo que lo convierte en el más universal de los americanistas son sus propuestas para el equilibrio del mundo. Tal es así que después de afirmar que en esta parte del continente se encuentra «el alma primitiva y universal de la humanidad» y que sus hombres eran los llamados a «iniciar la profecía» de fundar «una nueva era», sostiene que el ideal o «el centro del movimiento americano» es la «asociación de las personalidades libres, hombres y pueblos para conseguir la fraternidad universal».<sup>65</sup> Y concluye:

59 Kaldone G. NWEHED: *Bolívar y el Tercer Mundo (la devolución de un anticipo revalorizado)*. Ed. Comité del Bicentenario de Simón Bolívar. Venezuela s/f. pp. 135-136

60 Simón Bolívar: «Reflexiones sobre el Estado actual de la Europa con relación a la América»; en *Gaceta de Caracas*, N° 74, 9 de junio de 1814. Reproducido en *Obras completas*, op. cit., volumen II, p. 1284.

61 «Carta de Bolívar al general inglés sir Robert Wilson», 15 de noviembre de 1824. En *Obras completas*, op. cit., volumen I, p. 1006.

62 Simón Bolívar: «En pensamiento sobre el Congreso de Panamá (1826)»; en *Obras completas*, op. cit., volumen II, pp. 1214-1215.

63 Francisco Bilbao: *América en peligro* [1862]. Reproducido en *El Evangelio americano*. Ed. Biblioteca Ayacucho. Venezuela, 1980.

64 Idem. pp. 266-270 y 276-277.

65 Idem. pp. 274-275 y 284-285.

*Sepamos contemplar a la humanidad doliente, que cual otro Prometeo protesta encadenado en Asia, África y Europa, dormitando bajo el peso de la naturaleza sin la libertad, o bajo la ciencia de la fuerza y el engaño, y que espera quizás la revelación de la justicia por la boca de todo un continente para proclamarse emancipada...*

*Nuestros padres tuvieron un alma y una palabra para crear naciones; tengamos esa alma para formar la nación americana, la confederación de las Repúblicas del Sur, que puede llegar a ser el acontecimiento del siglo y quizás el hecho precursor inmediato de la era definitiva de la humanidad. Ácese una voz cuyos acentos convoquen a los hombres de los cuatros vientos, para que vengan a revestir la ciudadanía americana. Que del foro grandioso del continente unido, salga una voz: ¡adelante! ¡adelante! en la tierra poblada, surcada, elaborada; adelante con el corazón ensanchado para servir de albergue a los proscritos y emigrados; adelante con la inteligencia para arrancar los tesoros del oro inagotable, depositadas en las montañas de los pueblos libres [...] verdaderos intérpretes del Ser, nos ponemos en camino, cargando el testamento de la perfección del género humano.<sup>66</sup>*

#### d) «Nuestra América»

El estudio de la historia social y política latinoamericana muestra que la diferenciación y conflicto con los Estados Unidos se consolida a medida que este último agrede diplomática o militarmente a esos pueblos. Entre las múltiples intervenciones militares de ese país en América Latina, encontramos los siguientes hechos: en 1845 anexó a Texas, en 1846 se apropia de Monterrey y Nueva California, en 1848 se firma el Tratado de Paz entre México y Estados Unidos, mediante el cual este último se anexa Nuevo México, Arizona y Alta California. En 1856, el norteamericano Walker invadió Nicaragua y se proclamó presidente, y luego invadió El Salvador y Honduras. Finalmente, fue expulsado y regresó a su país con los honores de héroe nacional. En 1898 Estados Unidos anexa definitivamente Puerto Rico; en 1903 propicia y auspicia la separación de Panamá que formaba parte de Colombia; en 1910 invade Honduras, en 1914 México. Si hablamos en términos de ocupación tenemos los siguientes: Estados Unidos ocupa militarmente Nicaragua entre 1909 y 1910, entre 1912 y 1925 y entre 1926 y 1933; invade República Dominicana en 1914 y 1912, además la ocupa entre 1916 y 1924. Ocupa Cuba entre 1898 y 1902, en 1912 y entre 1917 y 1922. Ocupa Haití entre 1915 y 1934.<sup>67</sup>

Estas invasiones tenían su justificación ideológica en el *Manifest Destiny*, según el cual Estados Unidos tenía el derecho de ocupar todo el continente america-

66 Idem. pp. 288-289.

67 Sobre esta cronología consultar Alfredo PALACIOS: *Universidad y democracia*, op. cit., pp. 169-171; Carlos RAMA en su libro *Utopismo socialista (1830-1893)*. Ed. Biblioteca Ayacucho, Venezuela 1977; Eduardo GALEANO: *Las venas abiertas de América Latina*. Ed. Siglo XXI, México 1975; y Harol MOLINEU: *US Policy toward Latin America*. Ed. Boulder, Westview Press, 1986, citado por Olivier DABENE en *América Central: transformación de los regímenes*; reproducido en *Democracias posibles (el desafío latinoamericano)*, op. cit., p. 187.

no.<sup>68</sup> Ese manifiesto permitió que a fines del siglo XIX este país adopte el «darwinismo social», que convertía al pueblo norteamericano en el «pueblo elegido», en «la raza superior» del continente.<sup>69</sup> Coherente con esta visión racial, en 1912, el presidente norteamericano William Taft justificaba así esa política imperial:

*No está muy lejos el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, como, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es moralmente nuestro.*<sup>70</sup>

Como podrá entenderse, las invasiones, la opresión económica y el desprecio racial del imperialismo yanqui contra estos pueblos se constituyó en uno de los más importantes formadores del nacionalismo continental. Es decir, el fortalecimiento del americanismo es concomitante al nacimiento y consolidación del imperialismo angloamericano. Muchos son los testimonios que lo confirman.<sup>71</sup> Si esto es cierto para el largo plazo, en términos evolutivos el ascenso del americanismo puede localizarse en 1868, con el movimiento independentista de Cuba, y llega a su punto culminante en la Conferencia Panamericana de Washington en 1889.

Con respecto a lo primero, el movimiento independentista cubano contó con la solidaridad ejemplar de Colombia, Guatemala y Perú, entre otros países. El Perú en 1873 y Guatemala en 1875 fueron los primeros en reconocer a la República independiente de Cuba. Posteriormente, el Perú propuso un Congreso de Plenipotenciarios Latinoamericanos para apoyar su independencia y en 1875 envió a los rebeldes cubanos un cargamento de armas y municiones, además de hombres para lograr

68 Citado por Jean TOUCHARD en *Histoire des idées politiques*. Ed. P.U.F., París, 1975, t. II, p. 706.

69 Esta mentalidad es ilustrada en estos términos por el senador norteamericano Beveridge: «Nosotros no renunciamos a la misión de nuestra raza, mandataria, en nombre de Dios, de la civilización del mundo... Nosotros avanzamos en nuestra obra... con un sentimiento de gratitud por una tarea digna de nuestras fuerzas y plenos de reconocimiento por el Dios Todopoderoso que nos ha marcado como su pueblo elegido para conducir el mundo hacia la regeneración». Citado por Jean TOUCHARD, *op. cit.*, pp. 707.

70 Citado por Claude JULIEN en *L'Empire Américain*. Reproducido por Eduardo GALEANO: *Las venas abiertas de América Latina*, *op. cit.*, pp. 164-165.

71 Estas palabras de Manuel UGARTE dan la prueba de lo dicho: «Yo imaginaba que la ambición de esta gran nación se limitaba a levantar dentro de sus fronteras la más alta torre de poderío, deseo legítimo y encomiable de todos los pueblos, y nunca había pasado por mi mente la idea de que ese esplendor nacional pudiera resultar peligroso para mi patria o para las naciones que, por la sangre y el origen, son hermanas de mi patria, dentro de la política del continente. Al confesar esto, confieso que no me había detenido nunca a meditar sobre la marcha de los imperialismos en la historia. Pero leyendo un libro sobre la política del país, encontré un día citada la frase del senador Preston: *La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra de Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza*. La sorpresa fue tan grande que vacilé. Aquello no era posible... Cuando tras el primer movimiento de incredulidad, recurrí a las fuentes, pude comprobar a la vez dos hechos amargos: que la afirmación era exacta y que los políticos de la América Latina la habían dejado pasar en silencio, deslumbrados por sus miserables reyertas internas, por sus pueriles pleitos de fronteras...». *El destino de un continente*, *op. cit.*, pp. 7-8.

definitivamente su independencia. En este movimiento surgen varias figuras de jóvenes, entre las cuales destacaba el estudiante universitario José Martí. El ejército colonial español reprimió, encarceló y deportó a los insurrectos, pero su dominio ya era contestado y los movimientos de conspiración se mantuvieron durante muchos años. Es importante destacar que en pleno conflicto, Estados Unidos intentó anexarse Cuba. Con ese propósito, por un lado ofreció, por cuarta vez, comprarle la isla a España; y por otro lado, alentó y financió a diversos grupos cubanos de tendencias anexionistas.<sup>72</sup>

A causa de la difusión, consensos y consecuencias que tuvo, la Conferencia Panamericana de Washington de 1889 se convirtió en uno de los momentos más importantes del americanismo. En esa oportunidad vemos aparecer y afirmarse en los delegados latinoamericanos una conciencia de pertenencia a esta comunidad continental. En efecto, en la conferencia el cubano José Martí y los argentinos Sáenz Peña y Quintana se levantaron contra las pretensiones de Estados Unidos de convertirse en *máître* del continente. Martí demostró esta inequívoca voluntad del dominio imperial a través de la reproducción de muchos comentarios periodísticos publicados en ese país. En ellos se anunciaba el inminente predominio del «coloso del norte» sobre el resto del continente. Esta no era una propuesta aislada y sin fundamento. Al contrario, en diciembre de 1889, se presentó en la Conferencia una moción en la que se propuso «que se constituya un gobierno federal de toda América, con el asiento en los Estados Unidos». Asimismo, los organizadores del evento habían puesto en la sala de reuniones de la conferencia la *Bandera Panamericana*, en cuyos contornos dibujan también sus proyectos: «... al fondo del campo azul, limpio de las estrellas usuales, la cruz de mayo: delante, cubriendo con las dos alas tendidas al norte y al sur del continente, el águila: y el continente tiene alrededor un anillo de bodas».<sup>73</sup>

Por su entusiasta labor de coordinación, sus comentarios y propuestas, José Martí destaca en esta conferencia como uno de los más importantes ideólogos del nacionalismo continental. Él llamaba a luchar por «la segunda independencia»,<sup>74</sup> que no era solo contra el «enemigo» español que aún dominaba Cuba, sino también contra el «pujante y ambicioso» vecino del norte.<sup>75</sup> Asimismo, en su conocido ensayo *Nuestra América* decía:

72 Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú*, op. cit., tomo VII, pp. 96-97. En total, Estados Unidos ofreció cinco veces a España comprarle Cuba. La primera, en 1848 y bajo la administración de Polk, ofreció 100 millones de dólares. La última fue en 1898, dos meses antes de declararle la guerra a España; en esa oportunidad, la administración de MacKinley, ofreció 300 millones de dólares. Sobre esto último ver Paul ESTRADÉ: *José Martí*, op. cit., tomo II, p. 364 y tomo III, nota 55.

73 José MARTÍ: «La conferencia americana», 11 de diciembre de 1889; en *Obras completas*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 65.

74 José MARTÍ: «Patria», 18 de junio de 1892. Citado por Paul Estradé en su tesis de doctorado: *José Martí*, op. cit., p. 559.

75 José MARTÍ: «Congreso Internacional de Washington», 2 de noviembre de 1889; en *Obras completas*, op. cit., tomo I, pp. 46-47.

*Los árboles deben meterse en línea y cerrar el pasaje a los gigantes de siete lenguas! es la hora de la alerta y de la marcha hacia la unión, y nosotros debemos formar un batallón cerrado, como los filones de plata en el corazón de los Andes.*<sup>76</sup>

A partir de ese momento, *Nuestra América*, título de este ensayo, se convirtió en uno de los más importantes eslogan identitarios del nacionalismo continental. Efectivamente, para Martí los pueblos hispanoamericanos tenían una historia compartida y características étnico-culturales que los identificaba y diferenciaba del pueblo angloamericano. Esta identidad lo lleva a utilizar frecuentemente una metáfora filial, donde estos pueblos aparecen como hermanos e hijos de la «Madre América».<sup>77</sup>

En esa perspectiva, Martí afirma que en esa conferencia se manifestó entre los delegados latinoamericanos una identidad tácita «frente a las pretensiones norteamericanas». No obstante, no negaba que las relaciones entre muchos de estos estados vecinos se caracterizaban por la codicia de la tierra ajena o la desconfianza fronteriza, ni tampoco ocultaba que la relación de éstos con Estados Unidos era muchas veces de sumisión. Para ilustrar el estado de las relaciones entre los países de este continente, toma como ejemplo el drama español «Heren». Ahí, en la pluma de Martí, los hermanos Parellada (que representan iberoamérica) se enfrentan al ambicioso primo (representado por Estados Unidos) por la herencia.

*Viene el primo a recoger la herencia, a ver que los Parellada se odien más, a estimularlos, con cuánto acá y cuánto allá, la cizaña, a echarlos, con invenciones y astucias, uno contra otro, a preguntarles, cuando ya los cree bien envenenados, si la razón social 'marcha bien'; y el segundón generoso le salta al cuello, lo echa a tierra, y con la mano a la garganta le devuelve al primo, empolvado y tundido, la pregunta: '¿Qué tal marcha la razón social de los Parellada hermanos?'.*<sup>78</sup>

Para Martí esta filial, aunque conflictiva, relación ente los estados latinoamericanos se explica porque «Nuestra América» tiene características culturales y étnicas que le dan identidad a sus pueblos. Con el objetivo de diferenciar a estos pueblos del «otro», Martí rechazaba el *Panamericanismo*, propugnada por Estados Unidos, y adoptan la denominación de *América Latina*. Como se sabe, este nombre fue inventado en Francia hacia 1860 y obedecía a una estrategia geopolítica de Napoleón III, quien buscaba reanudar los lazos rotos por la independencia a través de un panlatinismo que le facilitara la recolonización Latinoamérica.<sup>79</sup> En este contexto, la «latinidad» servía a Martí como

76 José MARTÍ: «Nuestra América»; en *Obras completas*, tomo VI, op. cit., p. 15.

77 José MARTÍ: «Discurso», en la velada artístico-literaria de la sociedad literaria hispano-americana, el 19 de diciembre de 1889. En *Obras completas*, tomo IV, p. 140. Sobre el análisis de ésta y otras metáforas orgánicas de Martí, consultar Paul ESTRADA op. cit., pp. 340, 561-571.

78 José MARTÍ: «La Conferencia de Washington», en op. cit., p. 79.

79 «El gran diseño político de Napoleón III, aconsejado por el economista Michel Chevalier, antiguo discípulo de Saint Simon, fue proponer la afirmación de un movimiento panlatinista susceptible de hacer aparecer la

criterio de diferenciación entre los dos pueblos del continente, pero entiende «América Latina» como una comunidad cuya identidad racial es «mestiza» e «india». Es a partir de la identidad india que hacía la diferencia con «América del Norte» que, según decía, ahogaba «en sangre a sus indios». Por ello negaba a «los del norte» el derecho de reivindicar la identidad americana. Según Paul Estrade, Martí estaba convencido de que «la otra América usurpa el nombre con el cual se adorna; que ella se aleja de sus orígenes; que ella pierde sus rasgos autóctonos, desfigurada por la desaparición de la población, las reservas indias y por la inmigración europea que la sumerge».<sup>80</sup>

Como se observa, Martí introduce una de las más importantes modificaciones ideológicas en el americanismo: el soporte y la reivindicación identitaria pasaba de lo criollo, expresado por la primera generación americanista, a lo indio y mestizo, que será adoptada y desarrollada por la segunda generación. Otra modificación importante es la referida a la división geográfica del continente. En efecto, él se opone a la clásica división de las «tres Américas» e insiste en que solo habían dos: la «América Latina» y la otra a la que califica de «sajona», «inglesa» o «europea».<sup>81</sup> Para él la primera comprendía «todas las tierras insulares y continentales» que se encontraban entre «el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes».<sup>82</sup> En la perspectiva étnico-cultural, muestra el carácter mayoritariamente indio y mestizo de «Nuestra América»; y geopolíticamente la comprende formada también por las Antillas y el Brasil, zonas de gran población esclava de origen africano que, por depender o tener sólidas relaciones con países coloniales europeos, por táctica, Bolívar había excluido del proceso emancipador. Así, con Martí el americanismo experimentaba sensibles modificaciones: a los criterios de origen, raza, lengua y religión, esbozados por el inicial nacionalismo continental criollo, sumaba el territorio, pero dándole mayor fuerza integradora.

Pero volvamos a la Conferencia Panamericana. Los proyectos más importantes planteados en ella fueron: uniformar los derechos aduaneros, dar un mismo patrón de pesas y medidas, impulsar los intercambios económicos y financieros, dar un nuevo código americano sobre el arbitraje internacional, e implantar la moneda única. En cada uno de estos proyectos, los delegados norteamericanos trataron de imponer sus

Francia como la heredera de las naciones latino europeas... Esta unión imaginada por Michel Chevalier, hundía en las fuentes mismas de la antigüedad greco-romana, sus orígenes culturales y reintroducía el catolicismo como cimiento de la unidad espiritual reencontrada; ella se oponía, al mismo tiempo, a las tentativas hegemónicas del capitalismo mundial anglosajón y norteamericano, así como a la emergencia agresiva del pangermanismo bismarckiano. Muchos criollos *latinoamericanos* fueron seducidos por esta perspectiva geopolítica, ellos adoptaron rápidamente esa noción de latinidad y le dieron las dimensiones del Nuevo Mundo... Una de las primeras obras que meten lado a lado *América y latina* fue la obra de Charles Calvo... *Traité de diplomatie sur l'Amérique Latine* fue publicado en París en 1862... el mismo año de la intervención militar de Napoleón III a México». Guy Martinière: «L'invention de la latinité de l'Amérique». En *Unité et diversité de l'Amérique latine*. Ed. Université de Bordeaux III C.N.R.S. Setiembre 1982. pp. 24-25.

80 José MARTÍ: «Nuestra América»; en *Obras completas*, op. cit., tomo VI, pp.16 y 19. Paul Estrade: *José Martí*, op. cit., p. 563.

81 Sobre esto ver Paul ESTRADÉ: *José Martí*, op. cit., p. 562.

82 Idem. pp. 564, 567 y 615-616.

criterios e intereses, intentando así consolidar la supremacía económica y el control político de Estados Unidos sobre los otros países del continente. Como se sabe, los delegados latinoamericanos no solo lograron impedir esas pretensiones, sino incluso controlaron el evento tanto a nivel directivo como resolutivo.

En el balance final, la conferencia fue un fracaso para los angloamericanos y un triunfo de los latinoamericanos. En esa perspectiva, uno de los hechos más importantes en ella es que estos últimos se mostraban como una comunidad de intereses económicos y políticos, hecho que confirmaba, a propios y extraños, la vigencia del nacionalismo continental. Aunque en un inicio se notaba en algunos delegados una tendencia pronorteamericana, a medida que transcurrían las sesiones fueron apareciendo claramente dos bloques, o como decía Martí, «las dos nacionalidades del continente».<sup>83</sup>

Es sobre la base de sus identidades e intereses contrapuestos que el «panamericanismo» y el «americanismo» mostraron sus fundamentos ideopolíticos. Esto aparece claramente en la polémica que se suscita en torno al proyecto Zollverein, en el que, inspirándose en la unificación alemana, se planteaba unificar el continente bajo la dirección de Estados Unidos. Este proyecto, según Martí, estaba apoyado por los adeptos a la doctrina Monroe que buscaban extender el dominio de Norteamérica sobre todo el continente y el mundo.<sup>84</sup> Frente a esto el argentino Sáenz Peña, a nombre de todos los sudamericanos, pronunció un enérgico discurso donde termina diciendo «América para la humanidad».<sup>85</sup> Esta frase fue allí barrera de pretensiones imperialistas y sería luego adoptada por los americanistas como consigna ideopolítica que expresaba el criterio universalista de aquellos que, según Martí, al defender la América española apuestan por el «equilibrio del mundo».<sup>86</sup>

Poco tiempo después de la conferencia, Martí formó el Partido Revolucionario de Cuba, el mismo que tuvo dos características: primero, en él militaban cubanos, portorriqueños y dominicanos, lo que lo identifica como el primer partido latinoamericano de vocación continental; y segundo, al albergar en sus filas a miembros de la clase obrera, los sectores medios e intelectuales y la burguesía patriótica, aparece como el primer partido multi-clasista, o como decían en la época, un «Partido de Frente Único Patriótico».

Enarbolando el ideal de «una República justa con todos y para todos», Martí y los miembros del Partido Antillés (el otro nombre con que se conocía el Partido Revolucionario de Cuba) parten de Estados Unidos el 30 de enero de 1895 y desembarcan en Cuba el 11 de abril. Después de coordinar acciones con los rebeldes que combatían bajo el mando de Antonio Maceo, el movimiento subversivo se extendió en toda la isla. Martí fue emboscado por las fuerzas realistas y murió el 19 de mayo de ese mismo año.

83 José MARTÍ: «Congreso Internacional de Washington»; en *Obras completas*, op. cit., tomo I, p.50.

84 Idem. p. 61 y «La conferencia de Washington», en *Obras completas*, op. cit., tomo II, p. 83.

85 Idem. p. 81.

86 José MARTÍ: «Congreso Internacional de Washington», en *Obras completas*, op. cit., tomo I, pp. 62-63.



Habían pasado tres años y los rebeldes cubanos no habían logrado la independencia. Fue así que el 11 de abril de 1898 Estados Unidos intervino militarmente Cuba y Puerto Rico. Logró expulsar a los españoles e inmediatamente instauró un protectorado que pronto se reveló como una ocupación neocolonial: Estados Unidos se apoderó de las mejores tierras, las haciendas azucareras más importantes, las reservas mineras, las industrias de base, los ferrocarriles, los bancos, los servicios públicos y controlaron casi todo el comercio.<sup>87</sup>

e) *La generación del 900*

Esta ocupación no produjo la solidaridad continental que se observó en la sublevación cubana de 1868. Los gobiernos mostraron más interés en mantener sus lazos económicos con Estados Unidos que en levantar banderas integracionistas. Además, en esa época había un fenómeno social que ocupaba gran parte de los esfuerzos de aquellos. Nos referimos a las migraciones de europeos, supuestamente de «raza superior», que desembarcaron en este continente entre 1850 y 1914.

Esta necesidad de atraer a la «raza superior» provocó que muchos estados americanos entraran en una cerrada competencia: se dieron generosas leyes y se crearon comisiones de inmigración, se construyeron hoteles para los inmigrantes, se colocaron cónsules en todos los puertos, se adelantó, redujo e incluso se regalaron pasajes a aquellos europeos que querían aventurarse en estas tierras. Con esas facilidades, entre los años 1875 a 1914, aproximadamente 45 millones de europeos cruzaron el Atlántico; proporcionalmente, casi se cuadruplicaba el movimiento de las tres décadas anteriores. Antes como ahora, la mayor parte se dirigió a Estados Unidos: algo más de la mitad, o bien el 60% si se suma Canadá. Entre los países de América Latina, solo Argentina y Brasil absorbieron alrededor de una cuarta parte del total.<sup>88</sup>

Efectivamente, entre 1875 y 1914, Brasil recibió cuatro millones de inmigrantes, Argentina 5.3 millones, Uruguay más de 400 mil; entre 1881 y 1915 llegaron a Paraguay 70 mil; y entre 1889 y 1904 llegaron a Chile 55 mil europeos.<sup>89</sup> Estas enormes olas inmigratorias produjeron en la historia latinoamericana dos grandes fenómenos sociales: 1) se agudiza el mestizaje entre las razas, lo que a su vez estuvo acompañado de sensibles modificaciones en la dimensión clasista que habían tenido las razas; y 2) se transplantaron a este continente doctrinas y movimientos sociales que habían sido pensados para la realidad europea.

87 Paul ESTRADA: «José Martí», *op. cit.*, tomo II, pp. 562-564 y 568. Ver también Denis LARA: «Cuba», en *Encyclopaedia Universalis*, tomo V, p. 840.

88 Sobre estas migraciones consultar Marcello CARMAGNANI: «Las inmigraciones europeas en su área de origen», pp. 148-155. También Luis Alberto ROMERO y Lilia Ana BERTONI: «Movimientos migratorios en el Cono Sur: 1810-1930», pp. 184-187. Ambos en *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe*. Ed. Siglo XXI / Unesco. México, 1989.

89 Luis Alberto ROMERO y Lilia BERTONI, *op. cit.*, p. 188.

Con respecto a lo primero, las oligarquías, persuadidas de la «superioridad racial» de estos migrantes, les dieron fácil acogida y propiciaron las alianzas matrimoniales, lo que les permitió su rápida incorporación a la oligarquía; poco tiempo después muchos de esos inmigrantes formaron parte de la naciente burguesía latinoamericana. En ciudades como Valparaíso, Montevideo, Lima y Buenos Aires, los británicos manejaron el gran comercio y ocuparon las mejores viviendas; entre los franceses y los restantes grupos inmigrantes predominaron los oficios urbanos: habían comerciantes, hoteleros, profesores y artesanos. Muchos españoles fueron pulperos o esquineros, mientras que los genoveses monopolizaron el tráfico fluvial, particularmente en ambas orillas del río de la Plata. Para ellos las posibilidades de instalación y ascenso social fueron muy grandes, ya sea por el complejo de inferioridad racial de los americanos, por ausencia o escasa preparación técnica de la mano de obra local o porque los grupos dominantes preferían consumir los productos de origen europeo o hechos por estos inmigrantes.<sup>90</sup>

El segundo fenómeno social provocado por estas migraciones fue la implantación en estas tierras de doctrinas y movimientos sociales que surgieron en la realidad europea. Esto fue particularmente grave para la historia del americanismo. En efecto, con la primera oleada, que se produjo entre 1830 y 1870, los europeos trajeron (principalmente a México, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay), el saint-simonismo, el fourierismo y el mutualismo proudoniano. Con la segunda, producida entre 1880 y 1914, trajeron principalmente el anarquismo y débilmente el marxismo.<sup>91</sup> Estas ideologías introdujeron el internacionalismo y en esa perspectiva negaban o intentaban desconocer la realidad americana. Es por ello que el americanismo, como memoria colectiva, sufre, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, un claro debilitamiento y la amenaza del olvido. Esta nueva realidad demográfica transformará el discurso americanista y planteará diferentes tareas a las generaciones venideras.

Después de la invasión de Estados Unidos a Cuba y Puerto Rico, aparece una nueva generación americanista: *la generación del 900*. Ella estuvo conformada por el nicaragüense Rubén Darío, el uruguayo Enrique Rodó, los argentinos Manuel Ugarte y José Ingenieros, el colombiano Vargas Vila, los mexicanos Amado Nervo y José Vasconcelos, entre otros.<sup>92</sup> Esta nueva generación tuvo que afrontar el bullicio, la

90 Sobre esto ver los artículos de Luis Alberto ROMERO y Lilia Ana BERTONI: «Movimientos migratorios en el Cono Sur: 1810-1930»; y Adela PELLEGRINO: «Inmigración y movimientos internos de población en América Latina y el Caribe en los siglos XIX y XX». Ambos en *Europa, Asia y África en América y el Caribe*, op. cit.

91 Sobre esto ver Carlos RAMA: *Utopismo socialista (1830-1893)*, op. cit.; José ROSAS RIBEYRO: *Anarchisme et anarchosyndicalisme dans les mouvements sociaux: Mexico 1861-1929*. Mémoire d'histoire. Paris III (IHEAL), 1983. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Ed. Siglo XXI; y Jacy ALVES DE SEIXAS: *Mémoire et Oubli: syndicalisme révolutionnaire au Brésil*. Ed. Maison des sciences de l'homme, París, 1992.

92 Un buen resumen y análisis testimonial de la generación del 900 fue escrito por Manuel UGARTE en «Los escritores iberoamericanos del 900», en su libro *La nación latinoamericana*. Ed. Biblioteca Ayacucho. Venezuela s/f, pp. 295-300.

dispersión y el aislamiento que trajo esa enorme multitud de extranjeros. Fue así que se plantearon luchar contra el amenazante olvido y se convirtieron en virtuales «misioneros del americanismo».<sup>93</sup> Para ellos la tarea de rescate y divulgación de los llamados «designios unionistas» de los próceres de la independencia tuvo dos aspectos: la propaganda escrita y las peregrinaciones.

*El destino de un continente* (1923) de Manuel Ugarte y *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos son libros de viajeros; ellos son las pruebas de la voluntad misionera de esa generación. En el campo de la literatura recogieron los mensajes unionistas de Simón Bolívar, José de San Martín y José Martí; critican al imperialismo yanqui, la doctrina Monroe y las «concepciones localistas» que «tenemos de la nacionalidad».<sup>94</sup> En fin, buscaban la «reestructuración de la ideología continental»,<sup>95</sup> es decir, la unidad y la reconstrucción social, cultural y política de la llamada *nación latinoamericana*.

Uno de los libros más importantes que produjo la generación del 900 fue *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó. La importancia de este libro no solo radica en su contenido ideológico y su calidad literaria, sino también en la enorme difusión que tuvo. Fue el libro más reeditado de inicios del siglo XX, de lectura obligada en muchos colegios y universidades latinoamericanas. Asimismo, «Ariel» fue el nombre que adoptaron muchos centros culturales juveniles en diversos países de este continente.<sup>96</sup>

El gran tema de este libro es la oposición entre *Ariel*, que representa América Latina, y *Calibán* que representa América anglosajona. Aquí Rodó llama a la juventud latinoamericana a abandonar el «utilitarismo, la sensualidad y la torpeza» de *Calibán* y le pide seguir los caminos de *Ariel*, símbolo de «la razón y el espíritu, perfección y la moralidad humana».<sup>97</sup> Este autor decía que los «americanos latinos» tienen «una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro». Sostenía que debe «el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro».<sup>98</sup> Es así que Rodó veía el problema de adaptación del americanismo a la nueva realidad continental.

Ubicado en su contexto histórico, este libro revela los profundos cambios que estaban produciendo las migraciones europeas y la necesidad de adaptación que frente a ello se planteaba el americanismo finisecular. Frente a la agudización del mestiza-

93 HAYA DE LA TORRE: «Problemas e imperativos de la unidad continental», en *Testimonios y mensajes. Obras completas*, Ed. Juan Mejía Baca. Lima, 1997, tomo I, p. 387.

94 Manuel Ugarte: «La patria única»; en *La nación latinoamericana*, op. cit., p. 18.

95 Idem. p. 295.

96 A inicios de siglo existieron los centros culturales *Ariel* en el Perú, Colombia, Uruguay, Chile, Argentina, Bolivia, Cuba, Ecuador, etc. Sobre las lecturas de este libro ver el testimonio de Luis Alberto SÁNCHEZ en «El estudiante, el ciudadano, el intelectual y la reforma universitaria americana». Reproducido en *La reforma universitaria*, op. cit., tomo III, p. 212.

97 José Enrique RODÓ: *Ariel*. Ed. Novaro; México, 1957, p. 24.

98 Idem. p. 124.

je, esta generación buscaba amoldar el americanismo a los nuevos tiempos: el «genio de la raza» de la que habla Rodó es en realidad la «refundición» de razas que experimentaba el continente, pero la herencia, la tradición y el «sagrado vínculo» étnico de lo americano está localizado en lo indio.

De esta manera, *Ariel* muestra el mestizaje como una marmita de donde saldría el nuevo hombre americano. Asimismo, este autor oponía a la «civilización utilitaria» y a la teoría de la raza pura de Norteamérica, el idealismo, la armonía y el mestizaje latinoamericano. Aunque Rodó no llega a profundizar lo referente al mestizaje, en su obra encontramos aspectos importantes de «la ideología del mestizo» que Vasconcelos formula en 1925 y que marca profundamente la ideología política de la generación del Centenario.

#### f) *El tiempo de las revoluciones*

En el siglo xx hubo dos acontecimientos que impulsaron y dieron nuevos contenidos al americanismo. Ellos son la Revolución Mexicana de 1910 y la Reforma Universitaria que comienza en Argentina en 1918. Por la gravedad e irradiación continental que tuvieron, estos acontecimientos serán obligados puntos de referencia ideológica y política de las futuras generaciones americanistas.

La Revolución Mexicana comienza en 1900 como un movimiento de oposición a la reelección de Porfirio Díaz. Estuvo dirigido por los estudiantes universitarios, los sectores medios y algunos intelectuales organizados en el Partido Liberal Mexicano (PLM), cuyo principal líder era el anarquista Ricardo Flores Magón.<sup>99</sup> En 1906 este movimiento da a conocer el Programa del PLM, con el cual el movimiento se convirtió oficialmente en «Frente de clases» donde participaban obreros, campesinos (muchos de ellos anarcosindicalistas), sectores medios, y la burguesía nacionalista.<sup>100</sup>

En su proyecto social, Flores Magón incorporaba la idea del *germen* de la sociedad futura, idea muy presente en el anarquismo europeo. Pero lo novedoso es que, según Magón, ese germen o célula social tenía presencia y vigencia en el mundo agrario mexicano: el *calpulli* de origen precolombino. Para él esta era la célula de la sociedad libre del futuro.

99 En una carta, fechada el 13 de junio de 1908, Ricardo Flores Magón decía a su hermano Enrique y a su amigo Praxides Guerrero: «Todo se reduce a una cuestión de táctica. Si desde un principio nos hubiéramos llamado anarquistas, nadie, a no ser unos cuantos, nos hubieran escuchado. Sin llamarnos anarquistas hemos prendido en los cerebros ideas de odio contra la clase poseedora y contra la casta gubernamental. Ningún partido liberal en el mundo tiene las tendencias anticapitalistas del que está próximo a revolucionar México, y eso se ha conseguido sin decir que somos anarquistas, y no lo habríamos logrado ni aunque nos hubiéramos titulado ya no anarquistas como somos, sino simplemente socialistas». *Epistolario y textos de Ricardo Flores Magón*, p. 203. Reproducida por Armando Bartra en *Regeneración 1900-1918*. Ed. Era; México, 1977, p. 19.

100 Sobre esto ver José ROSAS RIBEYRO: *Anarchisme et anarchosyndicalisme dans les mouvements sociaux: México 1861-1929*, op. cit., p. 84 y siguientes.

*En México –decía– viven algunos millones de indios que, hace veinte o veinticinco años, vivían en comunidades, poseían en común tierras, los bosques, las aguas. El apoyo mutuo era la regla de esas comunidades en las cuales la Autoridad se hacía sentir solamente cuando el agente Recolector de impuestos hacía su aparición periódica o cuando los guardias rurales venían a buscar los hombres para enrolarlos en la fuerza armada. En esas comunidades no había jueces, ni carcelero, ni ninguna otra plaga de esta especie [...] el trabajo de cerco y de recolección se hacía en común, la comunidad se reunía hoy día para recoger la cosecha de Pedro, mañana de Juan y así sucesivamente [...] en cuanto a la población mestiza ella tenía igualmente tierras comunales, bosques y aguas libres [...] El apoyo mutuo era también la regla, las casas se construían en común, la moneda era casi innecesaria porque había intercambio de productos [...] Como se ve, pues, el pueblo mexicano es capaz de llegar al comunismo, porque lo ha practicado, al menos en parte, después de siglos.*<sup>101</sup>

Es así que vincula la revolución social al problema de la tierra, y todo ello al problema nacional.<sup>102</sup> Según estos revolucionarios la solución del problema del indio pasaba por la expropiación de las tierras de los grandes latifundistas y compañías norteamericanas instaladas en ese país. En efecto, a inicios del siglo xx, México tenía un tercio de sus capitales de origen norteamericano. Los ciudadanos de este último país habían monopolizado la producción del cobre, el petróleo, el caucho, el azúcar, la banca y los transportes. Con respecto a la concentración de las tierras, el norteamericano William Randolph Hearst era uno de los ejemplos más típicos. Poseía más de tres millones de hectáreas en el estado de Chihuahua.<sup>103</sup> Esto explica por qué el nacionalismo mexicano devino naturalmente en antiimperialista, o más precisamente, antiyanqui. Por ello, al estallar la revolución, Porfirio Díaz deja el poder a Madero, quien inmediatamente solicita el apoyo de Estados Unidos para enfrentar a los rebeldes del PLM, así como a los dirigidos por Emiliano Zapata y Pancho Villa. Estados Unidos aprovechó la oportunidad para enviar un batallón de mercenarios a Baja California con el propósito de derrotar al PLM y, una vez liberada esta zona, anexársela. El gobierno norteamericano captura y encarcela a Flores Magón y a otros dirigentes, descabezando así al movimiento.

101 Citado por José ROSAS RIBEYRO. Idem. pp. 109-110.

102 Sobre esto ver Gonzalo AGUIRRE BELTRÁN: «El indigenismo y su contribución al desarrollo de la idea de nacionalidad»; en *Raíces y características del nacionalismo en América Latina*. Ed. Instituto Indigenista Interamericano. De la revista *América Indígena* N° 2, vol. XXIX, abril de 1969, p. 401.

103 En 1910, poco más de ochocientos latifundistas extranjeros poseían casi la totalidad del territorio mexicano. De los 15 millones de habitantes, 12 millones trabajaban en las haciendas en condiciones de asalariados, cuyos jornales eran pagados en especies en los almacenes de las haciendas. Estas relaciones salariales que en realidad escondían su verdadero carácter servil y semiesclavo, eran practicadas en las plantaciones de azúcar, café, madera, tabaco, frutas, etc. El escritor norteamericano John Kenneth Turner afirmaba en 1911 que «los Estados Unidos ha convertido virtualmente a Porfirio Díaz en su vasallo político y, en consecuencia, ha transformado a México en una colonia esclava». Sobre esto ver Eduardo GALEANO: *Las venas abiertas de América Latina*, op. cit., pp. 185-186.

A partir de ese momento los libertarios «magonistas» se suman al movimiento de Emiliano Zapata, aunque él no era libertario. Pero la «incorporación de los magonistas a su movimiento, el apoyo que le brindó *Regeneración*, la nominación de Alfredo Quesnel como consejero y los acuerdos conjuntos de ambos grupos sobre la Reforma Agraria que quedaron plasmados en el Plan Ayala de 1911 atestiguan la simpatía que tenía Zapata por las ideas libertarias.<sup>104</sup>

Como se sabe, la historia de la Revolución Mexicana se prolonga durante muchos años. Es importante remarcar aquí que ella ha consolidado y profundizado el nacionalismo continental. Según Mariátegui, esta había «creado una comunidad más viva y más extensa» que «recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indoespañola».<sup>105</sup> Efectivamente, México se convirtió durante años en el centro de inspiración revolucionaria y de referencia identitaria del continente. Ese acontecimiento fue vivido como el redescubrimiento de la identidad india de América. No por azar es en este país donde surge y se difunde la tesis de la raza *cósmica*, el vocablo *Indoamérica* y la bandera que dibujaba la silueta y los límites de la llamada nación latinoamericana: del río Bravo al estrecho de Magallanes.<sup>106</sup>

A nuestro modo de ver, esta Revolución tiene varios significados: fue cultural y reivindicativamente indigenista, pero políticamente fue una empresa multirracial y multclasista; es decir, fue una revolución mestiza. Esto es tan cierto que uno de los principales objetivos del Estado posrevolucionario fue terminar de formar «la nación mestiza».<sup>107</sup> De otro lado, la adhesión de muchos obreros, campesinos e intelectuales a los mensajes indigenistas, agraristas y antiimperialistas de esa Revolución creó en muchos países corrientes indigenistas y terminó dando nuevos contenidos ideológicos y políticos al americanismo.<sup>108</sup> Finalmente, en ella se fusiona el americanismo, el indigenismo y el socialismo, dando nacimiento a la idea de la revolución nacional-continental.

La Reforma Universitaria fue otro acontecimiento que revitalizó el americanismo a comienzos del siglo XX. Pero mientras la Revolución Mexicana impulsa la crisis social y política, la Reforma Universitaria de Argentina marca el inicio de una formi-

104 Sobre la relación entre magonistas y zapatistas consultar la introducción de Armando BARTRA a *Regeneración (1900-1918)*, op. cit., p. 31.

105 José Carlos MARIÁTEGUI: «La unidad de la América indo-española»; publicado en *Varietades*, Lima 6 de diciembre de 1924. Reproducido en *Temas de nuestra América. Obras Completas*, tomo 12. Ed. Amauta, Lima 1980, p. 17.

106 Detalles interesantes sobre el origen de estos vocablos y la bandera pueden encontrarse en Luis Alberto SÁNCHEZ: *Haya de la Torre y el Apra*. Ed. Universo, Lima 1980; y en el artículo de John H. HADDOX: «La influencia de José Vasconcelos sobre Víctor Raúl Haya de la Torre», en *El Apra: de la ideología a la praxis*. Ed. Nuevo Mundo, Lima 1989.

107 David A. BRADING: «Manuel Gamio y el indigenismo oficial en México»; en *Revista de Sociología*, año II, N° 2, abril/junio de 1989, p. 289.

108 Sobre esto ver «En favor de los comunistas de Méjico»; en *La Protesta*, año I, N° 7, agosto de 1911, p. 2; y Manuel Caracciolo LÉVANO: «Salud! Rebeldes Mejicanos!»; en *La Protesta*, año III, N° 21, del 1 de mayo de 1923, p. 3.

dable ruptura generacional en este continente. Este evento es importante no solo por ser el origen, sino además porque en su dinámica encontramos resumidos los grandes temas, los límites y las posibilidades del movimiento generacional del 20.

Los elementos detonadores de este acontecimiento se encuentran en la «situación generacional»<sup>109</sup> que vivió la juventud a fines de la primera década. Julio González, uno de los principales líderes de la Reforma Argentina, recordaba años después:

*La guerra europea dejó al mundo en ruinas, económica, social, institucional y moralmente. Todos los valores habían caducado, todos los principios habían hecho crisis. Los jóvenes que nos lanzamos a la vida, no encontramos sino ruinas y escombros por todos los confines. Eso ya no nos creaba una posición nihilista, negativa. No encontramos nada que nos mereciera respeto, ni siquiera atención de detenernos a estudiarlo y comprenderlo. Para el hombre nuevo de América, todos los sistemas habían caducado [...] Frente a este panorama sombrío, la revolución rusa surgía como un lucero anunciando la aurora de un nuevo mundo. Era una alucinación para los jóvenes de veinte años. Veíamos en ella la posibilidad de que sobre los principios de justicia se lograra la construcción de una nueva sociedad. Y hacia ella íbamos, no como adhesión política, sino como quien se deja encandilar por una luminaria que brillaba en el horizonte.*<sup>110</sup>

Esta crisis de valores fue agudizada por el gobierno de Yrigoyen que produjo un clima reformista y antioligárquico. Además, la crisis se desarrolló en una sociedad atravesada por el conflicto entre la tradición colonial y el moderno desarrollo capitalista de algunas zonas. No fue pues por casualidad que el movimiento comenzara en la ciudad de Córdoba, ciudad carente de industrias, atrapada aún por el espíritu colonial, dominada por una oligarquía terrateniente y un influyente sector clerical.

A principios de marzo de 1918 los estudiantes demandaron el cambio del obsoleto régimen universitario. Como no obtuvieron respuesta, el 10 de ese mes realizaron la primera manifestación callejera, donde crean el Comité Pro-Reforma y se declaran en huelga general. Poco días después lanzaban el manifiesto que llevaba por título *La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América*. El primer párrafo dice:

109 Nosotros hemos tomado el concepto de *situación generacional* de Mannheim. Este autor afirma que «el asiento real de las nuevas impulsaciones es la situación 'generacional'». Luego dice: «la situación generacional contiene solamente las potencialidades, que se manifiestan, son rechazadas, o que, integradas a otras fuerzas sociales activas, pueden, modificadas ejercer influencia». Para participar en ese «destino común» hay que ser nacido en el mismo «espacio histórico-social –en la misma comunidad de vida histórica– en el mismo tiempo para relevar de esta situación, para poder compartir pasivamente los obstáculos y las oportunidades, pero también para poder utilizarlas activamente». KARL MANNHEIM: *Le problème des générations*. Ed. Nathan, París 1990, pp. 65-58.

110 Julio V. GONZÁLEZ: *Vigencia y actualidad de la Reforma Universitaria*. Universidad del Litoral. Rosario, 1941, p. 10.

*Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.*<sup>111</sup>

Lo revelador de este manifiesto es que los estudiantes parten de una crítica al régimen universitario y, por analogía, hacen una crítica de fondo a la cultura y al régimen político, para terminar esbozando su propia alternativa societaria: «Mantener –decían– la actual relación entre gobernantes y gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos»; y agregan: «queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudios es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa dignidad y la falsa competencia». Erigiéndose como «un movimiento en suprema lucha por la libertad» hablan así de la futura *República Universitaria*: La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno que los ciudadanos de democracia universitaria no piden sino exigen que se les reconozca el derecho y «a capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa».<sup>112</sup>

Aquí encontramos claramente delineado el conflicto generacional, bajo el aspecto de una revuelta contra la autoridad académica, y por extensión, contra todo el régimen político. Esto es lo que Mendel llama «la revuelta contra el padre».<sup>113</sup> En efecto, el enfrentamiento entre los estudiantes y las autoridades de la Universidad puede ser visto como una lucha contra el «poder social todopoderoso».<sup>114</sup> Este poder social, dice el autor, es el padre y la madre reunidos en una misma dimensión: el orden social. Pero Mendel distingue de un lado el padre, que evoca las imágenes del Dios, el rey y el dictador<sup>115</sup>, es decir, el sistema político y el Estado; y la madre, encarnando las instituciones socioculturales, como la escuela y la universidad.<sup>116</sup>

El conflicto con la madre (que no solo es contra la institución universitaria, sino además contra la cultura tradicional) estuvo encarnado en la lucha entre los estudiantes y las autoridades universitarias reunidas en la *Corda Fraterna*. Esta era un círculo de doce señores católicos, profesores universitarios en su mayoría, que aparte de

111 «La Juventud Argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América» (Manifiesto Liminar, 21 de junio de 1918). Reproducido en Gabriel DEL MAZO (compilador): *La Reforma Universitaria*, op.cit., tomo I, p. 1.

112 Idem. pp. 1-5.

113 Gérard MENDEL: *La Révolte contre le Père*. Ed. Payot, París 1968.

114 Idem. pp. 380 y 387.

115 Idem. p. 384.

116 Idem. p. 397.



monopolizar el poder en la Universidad, ostentaban cargos de funcionarios públicos, eran legisladores y tenían gran influencia en las esferas políticas.<sup>117</sup> Era, pues, el símbolo del poder cultural y político contra el que se enfrentaban los estudiantes, reproduciendo así, en el campo social, el complejo de Edipo.

Este movimiento también nos revela la transmisión del mensaje americanista de una generación a la otra, así como la constitución de una generación social. En efecto, los estudiantes logran el apoyo de otras federaciones estudiantiles argentinas, de algunas federaciones obreras y de varios personajes de la anterior generación americanista como Alfredo Palacios, José Ingenieros, Manuel Ugarte, entre otros. A medida que avanzaban los días, el discurso universitario se fue transformando en un discurso social y político, de claro contenido nacionalista continental. Es así que el 23 de julio se realizó una manifestación donde habló Alfredo Palacios, quien, en una orden del día que él redactó, decía: «el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América [...] exige un cambio total de valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordia con una amplia democracia sin dogmas ni perjuicios».<sup>118</sup> Deodoro Roca (redactor del Manifiesto Liminar), por su parte, demandaba a los estudiantes dar un «contenido americano e insuflar una nueva fuerza interior y propia al alma continental»<sup>119</sup> a las luchas que sostenían.

Fue así como la reforma dejaba la dimensión universitaria para abarcar el plano de la reforma social y política; además, pasaba del ámbito provincial al patrio, y a través de la solidaridad de los americanistas de la anterior generación, de ser un movimiento nacional-particular se convertía en un movimiento de alcance nacional-continental. Con ella aparece un especie de *mesianismo generacional*, que caracteriza los primeros pasos de la generación reformista latinoamericana.

Después de una serie de enfrentamientos con la policía, donde participaban estudiantes y obreros, el 20 de julio de 1918 se realiza el I congreso Nacional de Estudiantes. El 9 de setiembre toman el local universitario y asumen la función de gobierno «bajo la superintendencia de la Federación y nombrando ésta profesores interinos que dicten cursos de acuerdo a los programas oficiales».<sup>120</sup> Este era un «simbólico» golpe de Estado contra el poder social. Si seguimos la lógica analítica de Mendel, podemos decir que ante la frustración (causada por el rechazo a las exigencias de cambio por parte de las autoridades universitarias) los estudiantes se constituyen en fuerza política, toman el poder, desalojan al «padre malo» e instalan en su lugar un «padre falso».<sup>121</sup> Este «golpe de Estado» duró pocas horas. El Ejército entró en la Universidad, arrestó a 83 dirigentes y los condenó por *sedición*.<sup>122</sup>

117 Juan Carlos PORTANTIERO: *Estudiantes y política: el proceso de la Reforma Universitaria*. Ed. Siglo XXI, México 1978, p. 56. 118 Idem. p. 42.

119 Idem.

120 Idem. p. 53.

121 MENDEL: *La Révolte contre le père*, op.cit., p. 380.

122 Juan Carlos PORTANTIERO: *Estudiantes y política: el proceso de la Reforma Universitaria*, op. cit., p. 54.

Días después, el gobierno publicó los nuevos estatutos de la universidad. En él se incorporaban los principios básicos de la Reforma: la docencia libre y la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad. El cogobierno quedaba establecido en el artículo N° 38, donde se decía: «Los Consejos Directivos nombrarán sus miembros a propuesta de una asamblea compuesta de todos los profesores titulares, igual número de profesores e igual número de estudiantes».<sup>123</sup> Nacía así la primera nueva Universidad de América.

Este es el inicio de otro movimiento generacional de dimensiones continentales que paulatinamente incorporará, como parte esencial de su prédica y accionar, los ideales y planteamientos del discurso americanista. A partir de ese momento el ejemplo de la reforma argentina será imitado en varios países, dándose inicio a un movimiento que comprometerá a casi todas las juventudes de Iberoamérica. La reforma auspiciará, en un mismo tiempo histórico, el encuentro de dos generaciones: la del 900 y la del 20. Su tiempo será el de la síntesis y creatividad: con ella se agudizará la memoria americanista, se asimilará y fusionará los mensajes socialista e indigenista, y a todo ello se sumarán sus proyectos de socialización de la cultura, de revolución social, moral y política. Como decían los mismos actores, con la reforma se inició *la revolución de los espíritus*.<sup>124</sup>

123 Idem.

124 En mi tesis, a partir de aquí estudio a la generación del Centenario. Recientemente he publicado un artículo que intenta resumirla. No obstante, a diferencia de mi tesis, en este artículo analizo ese movimiento generacional desde la perspectiva de la sociología de la juventud. El título es «La revolución de los espíritus. La juventud reformista de los años veinte en América Latina», publicado en *Debates en Sociología* N° 23-24, PUCP, Lima, diciembre de 1999.